

Año XXXII.

Madrid, Jueves 24 de Octubre de 1912.

Núm. 43.

La lámina de hoy

En Julio de 1835, Cabrera, con Forcadell y otros cabecillas cayeron sobre Zurita, guarnecida por 25 nacionales movilizados de Valencia y ocho del pueblo.

Después de un corto tiroteo capitularon a condición de que se les dejarían las armas y se les permitiría volver a sus casas.

Así se hizo respecto a los movilizadas de Valencia; pero cuatro de los nacionales de Zurita, Francisco Danden y Pelegrín Gie, de sesenta y cinco años los dos, y Rafael Fuster de dieciocho y José Fuster de dieciséis, fueron fusilados en Codoñera el día 11 de aquel mes.

A las súplicas que la madre de los dos jóvenes, casi dos niños, y otras personas hicieron para que no fuesen fusilados, contestó el defensor de la causa de guerreros y santos que lleva el lema *Dios, Patria y Rey*, que sólo había un medio de librarlos: que se presentara a ser fusilado por ellos su padre, D. Rafael Fuster.

Al oír la proposición aquella madre desventurada, que tenía al pecho a su tercer hijo, cayó desmayada al suelo, y al volver en sí se encontró con que los dos mayores estaban ya fusilados y el tercero muerto de la calda.

Los judíos mataron a un hijo delante de

su madre, y por ello fueron execrados y maldecidos.

Los carlistas tres a otra, por que no tenía más, y son elogiados y apoyados y enaltecidos por los que se ensañan diariamente con Anás, Caifás y Poncio Pilatos.

Fragmento

LA MONARQUIA

Es inútil dorar la apostasia de ciertos hombres. No caben, no, transacciones con la monarquía. La monarquía es el último vestigio del régimen de las castas,

ta a tan graves peligros. La monarquía es la subversión de las leyes de la naturaleza, y no puede ser racional ni admisible lo que a las leyes de la naturaleza se oponga.

Régimen de las castas es vincular el poder en una familia. Negar la soberanía del pueblo es erigir en soberanos a los

reyes. Fiar a los azares del nacimiento la suerte de las naciones, es exponerlas a que hoy las rijan un hombre de talento y mañana un imbécil; hoy un hombre de generosos sentimientos, y mañana un hombre de depravados instintos y aviesas pasiones. Subversión de las leyes de la naturaleza, es que el hijo, sólo por ser rey, mande en sus progenitores. Subversión de esas leyes es aun que el que por código alguno del mundo puede administrar sus propios bienes, rijan y administren dilatados pueblos.

El año 1846 era presidente del Consejo de ministros el Marqués de Miraflores, y reina de España Isabel II que tenía a la sazón diez y seis años. Contaba el marqués con gran mayoría en las Cortes, y no tenía en contra ni la opinión ni la prensa. Doña Isabel le miraba, sin embargo,

con desdén, y, ya se oponía a los proyectos que le pre-

sentaba, ya a la sanción de las leyes. En vano el marqués obtuvo en el Congreso un voto de confianza: Isabel le exigió que disolviera inmediatamente las Cortes, y le obligó a dimitir el cargo. No bien dimitió el marqués, parció en palacio Narvaez.

Así obran los reyes a los diez y seis



Bendición de la bandera que ha cobijado tantos ladrones y asesinos

(Véase *El Almanaque del Carlismo*)

y no es ya posible admitir este régimen. La monarquía es la negación de la soberanía del pueblo, y del pueblo deriva todo poder legítimo para el que no reconozca en Dios la fuente del poder público. La monarquía expone a los azares del nacimiento la suerte de las naciones, y la suerte de las naciones no es para expues-

años. Hay, entonces un consejo oficial y público, el Consejo de Ministros; y otro Consejo particular y secreto, el Consejo áulico. ¿Cómo no, si es imposible que mozos de tan corta edad conozcan los negocios del Estado y por sí los resuelvan?

Jamás podríamos nosotros transigir con la monarquía. Nos lo vedarían, no sólo nuestros principios democráticos, sino también la razón, el sentimiento de nuestra propia dignidad, y aun el de la dignidad agena. Somos republicanos, no sólo por convicción, sino también por temperamento y por carácter.

F. PI Y MARGALL

EL ESTADO

El Estado mata. Es homicida, es asesino. Mata con premeditación, con alevosía, con ensañamiento. Mata por instrumento de mano mercenaria. Mata sin pasión, sin obcecación, sin arrebato; por conveniencia, por egoísmo, por cálculo. Mata con escándalo, en público, jactándose de ello.

El Estado roba. Gasta lo que se le antoja, y para pagar sus deudas mete mano sin tasa en la bolsa del contribuyente. Si el dinero ajeno no basta para satisfacer á sus deudores, no les paga y en paz. Perpetra periódicamente quiebras fraudulentas. Vive en grande á costa ajena. Arruina á la nación, deliberadamente, tranquilo, con la sonrisa en los labios.

El Estado juega. Es empresario, es banquero, es *croupier*, es gancho. Sostiene una gran *timba* nacional, de la cual saca no poco provecho. Juega con ventaja, asegurando la ganancia. Y es lo bueno que tiene estancado el juego, como el homicidio, como el despojo. Sólo él puede hacer aquello que prohíbe á los particulares. Quiere el monopolio de esos delitos. No admite competencia.

El Estado huelga. La ociosidad, madre de todos los vicios, en su predilecta. Ofrece á la pereza el holocausto del tiempo. Su vida es un bostezo. Entre santos civiles ó eclesiásticos, esteros y desesteros, Pascuas, Navidades, carnavales y veraneos, ha convertido la mitad de los días del año en fiestas de precepto. La otra mitad la consagra al descanso. Sólo que, al revés de lo que pasa con los anteriores vicios de los cuales se reserva la exclusiva, pretende generalizar la holganza é imponer, bajo graves penas, la observancia del ocio.

El Estado obliga á todo Dios á jurar en vano el santo nombre del mismo. Jura el monarca, jura el ministro, jura el senador, jura el diputado, jura el testigo, jura el jurado. Es un jurar y perjurar continuo. Si hay quien, siguiendo las enseñanzas del Cristo, rehusa quebrantar el segundo mandamiento, los tribunales le sientan la mano, *considerando* que la ley de Enjuiciamiento criminal es derogatoria del Decálogo.

El Estado... Pero ¿á qué seguir? Si la mar fuera de tinta y el cielo de papel doble, no se podría escribir todo lo que de malo hace el Estado. Más breve sería proceder por exclusión y enumerar los delitos, infracciones ó pecados que deja de cometer... En la vida oficial es mentira todo: mentira el pacto constitucional, mentira las ficciones legales del sistema, mentira la ley fundamental del Estado, mentira la *Gaceta*, mentira la representación parlamentaria, mentira los votos de la mayoría, mentira el *Diario de Sesiones*, mentira las promesas, mentiras los programas, mentira la adhesión, mentira la disciplina, mentira la ley, mentira el presupuesto... Hay mentira administrativa, representativa, eclesiástica, militar, naval, académica, jurídica, penal, procesal, bancaria, bursátil, aristocrática, democrática, moral, estética, higiénica, médica, alimenticia... El Estado entero es una gran mixtificación, un colossal *infundio*.

ALFREDO CALDERON

Ribalta - Laguarda - Canalejas

Dicen.

De la explosión y terminación de la huelga de ferroviarios, cuyos secretos poseen los tres consabidos señores del título, resultó un voto de confianza al gobierno.

Y dicen además que la confianza ha sido burlada.

No lo creo. Si no mintió la prensa, el Sr. Canalejas dejó empeñada su palabra en manos de un jefe del ejército que es, además, diputado.

Este jefe del ejército garantizó la seriedad del gobierno á los ferroviarios.

¿Surgirá un lance personal?

Si la burla fuese cierta ¿queda capacitado para contratar el Estado monárquico?...

EL MOTIN al Senado

En defensa de los pobrecitos frailes

EXCELSOS PADRES DE LA PATRIA

EL MOTIN está escandalizado de que el Gobierno de S. M. someta á vuestro fallo el problema de las órdenes religiosas, sin facilitaros los datos únicos que podrían orientar vuestro criterio.

Compadecido de la aflicción en que por esto debe hallarse vuestro patriótico espíritu y de la confusión en que ha de caer la rectitud de vuestro ánimo, EL MOTIN, defensor constante de todos los afligidos, se impone el trabajo de ilustrar vuestra ignorancia, presentándoos los documentos sobre los cuales podréis formar perfecta conciencia.

El primero sea la estadística de los pobrecitos frailes y monjas que la misericordia de Dios ha enviado á España

como único alivio de sus muchas miserias. ¡La estadística fraileal!...

¡Oh, excelsos próceres del Sagrado Corazón!... Los gobiernos, con toda malignidad, ocultan al mundo el censo de frailes y monjas.

Sabemos cuántos garañones hay en España, cuántas meretrices, cuántos peluqueros, cuántos banqueros y sabemos aproximadamente el número de berracos y el de sementales... pero el número de frailes ¿quién lo conoce?

¿Y á qué viene esta ocultación, sino á hacer creer al mundo que se trata solo de cuatro gatos y pelagatos, indignos de la protección, amparo y preocupación del Estado?

Por esto, excelsos señores, por esto que el pueblo desconoce la magnitud de esta gran familia, vemos á sus individuos despreciados, odiados, difamados y perseguidos, siendo por esta causa el escándalo del mundo y objeto de irrisión de los pueblos.

Por esto, vosotros, al tratar de legislar sobre ellos, ignorando la extensa progresión de estos sagrados linajes, os veréis tentados á hablar de ellos como si se tratara de míseros ferroviarios, ó de alguna de estas otras clases sociales, desgrefnadas y deslucidas de pelo, sin orden y sin concierto, sin cuna y sin hogar, indignas de comparecer ante el despacho de los ministros y acreedoras á lo más á los estacazos de nuestra siempre correcta y siempre ilustre policía.

Para sacaros de este error nefasto, he aquí los datos verídicos que el Ministerio de Gracia y Justicia tiene escondidos en el secreto de sus archivos: recogidos de censo del año 1900.

Solamente falta advertir que en el censo anterior de 1887, los frailes y monjas estaban reducidos á la mitad del número que alcanzaron trece años más tarde, lo cual significa que cada trece años, cada fraile y cada monja se convierten en dos.

Y siguiendo la ley de esta procreación, existiendo en 1900 55.000 religiosos nacionales y extranjeros, en este año de gracia consagrada de 1912 vamos á gozar de las oraciones, disciplinas y santos ejemplos de 110.000 religiosos españoles y extranjeros de todas castas, pelos y procedencias.

A estas *ciento diez mil* almas castas, pobres y obedientes, nacidas de las leyes de la biología clerical, hay que añadir el beneficio de los frailes y monjas venidos á España de las últimas repatriaciones de Filipinas, y de las expulsiones de Francia y Portugal. Los ímpios han llamado por esto á España cloaca y estercolero del mundo. ¡Oh, necedad de los ímpios! Con esto confiesan la gran misión social de España. Es la cloaca del mundo... Y bien, señores: ¿qué sería una casa sin escusado? ¿Qué es una ciudad sin cloaca? Con mucha razón dijo San Pablo: «los vasos de noche son más necesarios que los platos». ¿Qué sería de Europa sin esta cloaca? Este es el gran fin benéfico que está realizando España por confesión de los mismos ímpios.

Pero eso de cloaca es una cosa relativa. En ella viven, como en su propio paraíso, muchas especies de animales. Para éstas la lluvia de frailes es lluvia de bendición.

No nos quedamos cortos en el cálculo de estas dos lluvias de santos; bien podemos calcular que nos han tocado veinte mil de cada nación, con lo cual la Sagrada Familia religiosa existente en España en estos momentos puede calcularse en *ciento setenta mil* frailes y monjas que la Providencia de Dios nos envía para preparar el camino de la redención cristiana y las prácticas del Santo Evangelio. ¿Qué os parece, señores senadores?

Si á esta falanje celestial añadimos los 40.000 clérigos seculares, los 20.000 sacristanes y campaneros y las 60.000 consortes sacristanas, amas, primas y domésticas, con los 10.000 monagos consiguientes, tenemos en números redondos 300.000 ciudadanos del cielo, hijos predilectos de Dios, esposos del Espíritu Santo y Ministros de Cristo, á cuyas oraciones debe España su gran prosperidad y poderío.

Señores senadores: ¿qué representan al lado de estos 300.000 operarios que nos guardan, cuidan y facilitan el camino y viaje á la patria celestial, los 70.000 miserables ferroviarios de la tierra?

Sería ofender vuestros sentimientos religiosos y los de vuestras virtuosísimas esposas, hablaros de la importancia de este SERVICIO OFICIAL del Estado español. Todos vosotros estais empapados de las sabias enseñanzas de aquel gran libro de nuestro santo P. Claret intitulado *Camino recto y seguro para llegar al cielo*.

De los operarios de esta vía sagrada y santa se trata y de este servicio sin el cual la patria española perdería el preeminente lugar que ocupa en el mundo civilizado: de esto se trata en la Ley de Asociaciones.

No hablamos de la importancia y necesidad de este servicio nacional. Solo trataremos hoy de la grandeza y extensión de esta familia española, fecundísima y ejemplarísima, á la cual debemos nuestra celebridad, nuestro carácter personal y la fisonomía que nos distingue entre todas las naciones.

¡CIENTO SETENTA MIL frailes y monjas!... Señores senadores: fijos en esta cifra. Más del doble de nuestro ejército de mar y tierra, es el ejército del cielo!

¡CIENTO SETENTA MIL! Y si lo dudáis, en nombre de la nación cuyo poder ostenta vuestra cámara, exigid al gobierno que os presente las listas secretas del Ministerio de Gracia y Justicia, de donde proceden las cifras del año 1900, que la Providencia Divina ha traído á EL MOTIN, con el consabido encargo del Evangelio:

«Lo que os dije al oído, pregonadlo en las plazas y calles».

Y ahora, leed, padres de la patria terrena, el número y distribución de estos padres, madres, hermanos y tíos celestiales, que nos hacen primos á todos los españoles: leed y medidad.

RESUMEN GENERAL

por provincias de los frailes y monjas existentes en 1900, según el registro especial del Ministerio de Gracia y Justicia con expresión de nacionalidad

PROVINCIAS	ESPAÑOLES		EXTRANJEROS		TOTAL
	VARONES	HEMBRAS	VARONES	HEMBRAS	
Alava	92	564	18	32	706
Albacete	31	181	1	»	213
Alicante	216	704	1	4	925
Almería	21	231	»	2	254
Avila	214	361	»	»	575
Badajoz	154	546	2	»	702
Baleares	140	1.335	»	6	1.481
Barcelona	1.282	4.882	97	250	6.511
Burgos	747	886	82	12	1.727
Cáceres	64	389	4	20	477
Cádiz	274	1.226	15	62	1.577
Canarias	35	280	»	3	318
Castellón	172	595	3	»	770
Ciudad Real	61	362	1	5	429
Córdoba	86	1.108	3	»	1.197
Coruña (La)	172	567	1	8	748
Cuenca	42	310	»	3	355
Gerona	117	1.023	9	23	1.172
Granada	166	899	3	28	1.096
Guadalajara	74	444	1	4	523
Guipúzcoa	367	1.208	30	26	1.631
Huelva	3	203	»	4	210
Huesca	197	551	»	7	755
Jaén	60	801	»	18	879
León	146	519	7	9	681
Lérida	574	697	8	»	1.279
Logroño	369	502	1	3	875
Lugo	115	227	1	»	343
Madrid	1.128	3.524	30	241	4.923
Málaga	117	790	8	87	1.002
Murcia	210	755	7	41	1.013
Navarra	795	1.118	7	36	1.956
Orense	78	101	»	»	179
Oviedo	157	464	»	22	643
Palencia	156	495	6	10	667
Pontevedra	100	286	4	6	396
Salamanca	151	676	3	13	843
Santander	193	685	13	32	923
Segovia	151	368	13	»	532
Sevilla	213	1.753	22	77	2.065
Soria	21	200	»	17	238
Tarragona	158	1.093	3	39	1.293
Teruel	95	369	»	»	464
Toledo	209	826	»	14	1.049
Valencia	488	2.139	24	12	2.663
Valladolid	272	1.180	13	27	1.492
Vizcaya	514	1.275	12	38	1.839
Zamora	54	406	»	7	467
Zaragoza	430	1.471	12	3	1.916
TOTALES	11.681	41.575	465	1.251	54.972

Margaritas á carcas

Misión cumplida

Hice algún tiempo lei en no recuerdo qué libro, esto que apinté:

«Si hubiese algún desocupado que quisiera hacer la historia de los carlistas, pintada por los carlistas, resultarían en verdad un agregado de tunantes de la más baja ralea.»

Ni remotamente pensaba yo entonces que tal empresa me estaba reservada. Y había esta razón: jamás estuve *desocupado*.

Pero se conoce *que estaba escrito* que yo la realizase, á pesar de mis muchas y constantes ocupaciones, y cualquiera intenta sustraerse á cumplir lo que está escrito, ó lo que está de Dios, como dicen los pocos carcas que no se ciscan en el Ser Supremo,

Ténganlo en cuenta los carlistas que vienen cada día mas furiosos contra mí, porque les ponga delante de los ojos el espejo que reproduce fielmente su fisonomía moral, política, religiosa, hidrónica y homicida, y piensen que perdón con mucha humildad, seguros de que se lo concederé generosamente.

Mas sino quieren hacerlo, por suponer que sus rebuznos me molestan, hágoles saber que me los paso...

¿Por dónde me los pisaré, que corresponda el sitio á su intención cochina? ¿Por dónde?

Pues por...

Mas no me atrevo, no me atrevo á decirlo.

Por algo no soy fraile.

Duda antropológica

Los carcundas ignoran que el ponerlos al desnudo, mejor dicho, el exhibir las desnudeces que ellos mismos nos han mostrado, es y ha sido para mí manantial riquísimo de estudios antropológicos; estudios que me han hecho sospechar si la creación del hombre no se verificaría en la forma que la Biblia refiere, si no en esta otra.

Dios... ¡nada de impiedades ahora! Dios formó efectivamente al hombre del lodo de la tierra; sólo que no le salió perfecto desde el primer instante y tuvo que hacer cuatro ó cinco ensayos.

En el primero le resultó una especie de borrador de hombre, el tipo de la raza carcunda, que apenas se distinguía del animal más perfeccionado entre los de instintos feroces, y siguió después haciendo ensayos hasta dar con el tipo auténtico de la raza humana.

No quiso destruir ninguno de aquellos arquetipos de raza, y los dejó sobre la tierra en libertad de perfeccionarse á su antojo en el transcurso de los siglos, perfección que fueron y van alcanzando todos menos el primero, el de la raza car-

cunda, que ha llegado hasta hoy casi casi como salió de las manos del Creador.

Si viera con el tiempo convertida en certeza científica esta sospecha mía, daríame á investigar si habrá también algún error en el relato bíblico acerca del primer hombre sacrificado en la tierra, y si en vez de llamarse Caín el autor, se llamó *Carlino*, ó *Car'in*, confusión explicable, y que ocurre con frecuencia al pasar los nombres de un idioma á otro.

Porque las señas son mortales... ¡Ase-sinol... ¡Y por envidia!... ¡Y con la quijada de un parientel...

Bien puede ser que no sea, pero me huele á carlista como un marinero á brea.

Las cortinas según el santo

¡Necios como ellos! Me refiero á los peródicos carcas.

Sabendo que mi especialidad es la de los fabulistas, hacer hablar á los animales, aparentan en lignarse por lo que digo, para ver de embaucar más todavía á los bobalicones que los siguen, y dicen que el estilo de EL MOTÍN es inmundo y chavacano.

¿Con que inmundo y chavacano, eh? Harto saben que no hay otro periódico en España que los emplee todos con más frecuencia. Desde el delicado al ameno, desde el tranquilo y reposado, al enérgico y viril; desde el humorístico, al grave; desde el irónico al filosófico, todos, todos desfilan por sus columnas. Y todos regularmente, dicho sea sin modestia.

Porque en esto de estilos, yo puedo parodiar, sin incurrir en pecado de jactancia, al barbero aquél que ponía este letrero á la puerta de su tienda:

*Aquí se afeita,
se pela,
se sican muelas,
se ponen sanguijuelas,
y se da por...
Poco precio
pomada
para el pelo.*

Lo que tiene, es que acostumbro á poner á cada santo las cortinas que merece, y los carcundas no merecen otras que las muy sucias y desgarradas.

Esto les indicará que yo sé distinguir de clases.

Palabras de oro

Oía yo con la más intensa atención y profundo respeto al eminente político belga M. Vandervelde; recogía cuidadosamente sus palabras en mi memoria para pensar en las ideas que representaban, y de todas ellas, con ser tan interesantes, la que más me hizo reflexionar y discutir fué el siguiente razonamiento: «Hoy, para ejercer la libertad, hay que ser propietario.»

Y en efecto, ¿qué es el derecho cons-

titucional, qué es la ilusión de personalidad sin libertad económica? ¿Cómo ser franco, sincero, espontáneo, sufriendo la opresión de esas férreas ligaduras más fuertes que la voluntad?

¿De qué vale llevar en el corazón un romántico lirismo patrio, y en el alma el color de un ideal y en el cerebro actividad y comprensión, si el monstruo de la miseria os amenaza á cada instante con destrozaros, aniquilaros y envileceros?

¿Existe libertad en el más libre de los pueblos civilizados?

Podrá ser en unos más que en otros respetada la individualidad dentro de un criterio mínimo de lo que ésta representa; mas en todos los países, la libertad moral, equitativa, equilibrada, es un mito.

Mientras haya libertad de enriquecerse, de testar, de coaccionar, de imponer y destruir, no existe tal libertad.

El capitalista, en el abuso de su libertad, vive en un palacio, mientras el inquilino de una de sus casas es arrojado á la calle con su familia y su pobre ajuar, por imposibilidad de pagar el inquilinato. La dama opulenta es libre de adornar su cuerpo suntuosamente, de cuidarlo con todo refinamiento, de reposar á placer, de alimentarse á discreción, mientras la desheredada carece de toda libertad para satisfacer sus más apremiantes necesidades, viéndose casi siempre impedida al llamado libertinaje, que es inmediata secuela de la carencia de libertad, y una de las formas más ostensibles de la esclavitud.

Por eso, cuando oigo decir que las clases humildes quieren la libertad para hacer mal uso de ella, no puedo menos de admirarme de que haya quien sustente tan disparatada opinión, tan absurdo criterio.

Todo ser humano, por el solo hecho de haber nacido, necesita que se le reconozca libertad para disponer de lo necesario para su mantenimiento físico é intelectual. En la actual organización nada es propicio á la posesión de esas dos libertades indispensables; ni de instruirse, ni de conservarse en condiciones de salud y utilidad. A los que tratan de sostener la vida que han recibido, de hacerla productiva y provechosa, se les llama discolos, rebeldes, insubmisos. A los que niegan lo razonable y fomentan el desequilibrio provocando conflictos, se les reputa de ordenados, de prudentes, de guardadores del bien público.

No; no es eso, no puede ser, por mucho que se sofistique y se argumente de través. La regularidad, el orden, la perfección de un Estado, de un continente, de un mundo, están en razón directa de su libertad, por cuanto la libertad no es una forma de gobierno, ni el triunfo de un credo sobre otro, sino una condición inherente á la especie humana, y sin la cual no puede desenvolverse por carencia de ambiente acondicionado.

No (como decía muy bien Vandervelde) es libertad el poder ejecutar el bien y el mal. Sólo la práctica del bien es la

permitida á la libertad racional. Así discutiendo, con esa lógica que á la luz meridiana se me asemeja, por torpes que seamos tenemos que comprender cómo no es el bien lo que practican aquellos que más libertad tienen, y que de ella hacen un monopolio.

VIOLETA

El almanaque del carlismo

Me han referido que en Holanda figura como de texto en las escuelas un libro de Historia, en el que se pintan al vivo los horrores y los crímenes que cometieron allí nuestros gloriosos antepasados al mando del duque de Alba, y que los niños aprenden en él á amar su patria, odiar la dominación extranjera y condenar la intransigencia religiosa.

Y esto me ha hecho pensar en que debería yo pedir al gobierno que declarase inmediatamente obra de texto para escuelas, institutos y universidades el *Almanaque del Carlismo* que acabo de confeccionar, á fin de que niños y jóvenes supieran de donde le viene á España la ruina, y á quién le debe el atraso moral é intelectual en que se encuentra.

Y ya puesto, tal vez me corriera á pedir que se impusiese como obligación en los cuarteles la lectura de quince ó veinte páginas semanalmente, á fin de que jefes, oficiales y soldados se enterasen de la constancia y el celo con que los carlistas, lo mismo los de la primera que los de la segunda guerra, fusilaban, degollaban, mutilaban, quemaban, descuartizaban é infamaban á los individuos del ejército que caían en su poder, especialmente si eran oficiales ó jefes.

Pero como sé que la petición más justa tarda mucho tiempo en concederse en España (cuando se concede), y que necesito todo el mío para confeccionar otros disgustos al carlismo, lo mejor será desistir por ahora de mi propósito, sin abandonarlo, y continuar tranquilamente mi patriótica labor, *ad maiorem dei gloriam*.

El trabajo del periodista

El periodismo impone á los que á él se dedican grandes sacrificios, tanto mayores quizás cuanto más poderosas son las facultades creadoras del que á este ramo de actividad humana dedica sus energías.

Me explicaré. Un sabio, encerrado en su gabinete ó en su laboratorio, trabaja sin cesar y sin descanso, piensa, y durante meses y años, prepara, estudia, afina, perfecciona, corrige, abriga un libro ó un descubrimiento; y en estas condiciones, si es sabio y el fuego del genio lo alienta, su obra es perfecta, dentro de lo humano, y puede quedar en la historia de la ciencia, y acaso su nombre puede ser inmortal.

Esta labor no tiene día fijo ni hora fija;

nadie le apremia, nadie le obliga á ir publicando retazos imperfectos, acaso plagados de errores, de su libro ó de su descubrimiento, que en este caso sería ir dando muestras al público de lo torpe que es el pensamiento humano, aun en los genios.

No, el apremio no existe: él dirá: esto hice cuando quise hacerlo.

Todo lo contrario es la labor del periodista: trabaja no por día, ni por horas, sino al minuto casi; producción forzosa y cronométrica, medida por los giros de la rotativa, y que el pensamiento ha de llenar en un tiempo, que es uniforme y fijo; el pensamiento, que es libre, caprichoso y regular, que camina á saltos y se arrastra, ó se hunde, ó sube disparado al firmamento ó se queda hundido en negro vapor.

Si todos los sabios se dieran cuenta de lo que van pensando hora tras hora; si se les obligara á escribirlo y se lanzaran sus pensamientos á la publicidad, ¡cuántos errores, cuántos delirios, antes de que por la consideración de esos casos resultase un astro para la ciencia ó para el arte!

De aquí resulta que grandes inteligencias poderosas se han consumido durante el siglo XIX y seguirán consumiéndose en la lucha diaria y febril del periodismo.

Todo hombre necesita encontrar energías; y el periodista no puede hacer vapor, gasta aquellas de continuo, al minuto; de cada bocanada de vapor que almacena tiene al punto que brotar; porque una empresa periodística manda y nada tiene que esperar, ni las cuadrillas, ni el regente, ni la máquina, ni el repartidor, ni el público.

Por estas razones, que no hacemos más que apuntar á la ligera, al juzgar la obra crítica, literaria, política ó lo que fuere de un periodista, al compararla con la de otros trabajadores del pensamiento, hay que hacerse cargo de las condiciones especiales que concurren en una y otras producciones.

JOSÉ ECHEGARAY

El fantasma

En el Congreso, hablando de los promotores de la huelga, Canalejas habló de un *personaje misterioso*, cuyo nombre se negó á revelar á la nación.

Algunos creyeron que se trataba del obispo Laguarda.

¿Cómo no acudirá este señor al Senado á recoger las alusiones de la otra cámara?

El y D. Antolín podrían facilitar amenas lecciones á los colegas aquellos.

Uno, echándose las de liberal en defensa de la prensa.

El otro, de agitador hueguista.

¿Si estaremos en vísperas de un movimiento comunero, en que, como el antiguo obispo de Zamora, saldrá ahora el de Barcelona á capitanear los revolucionarios?

EL MOTIN jura en nombre de todos los Dioses habidos y por haber, que se mantendrá neutral en el espectáculo y dará cuenta exacta de cuando los comuneros de Laguarda ahorquen á los consejeros del Cesar, y de cuando el Consejo ahorque al obispo.

Porque no son mejores ahora que antes los unos ni los otros.

El carlismo bufo

Hay que ser justos hasta con nuestros enemigos.

No todo en el carlismo es asesinato, robo, incendio, violación, etc.; no; también tiene su parte cómica, mejor dicho, bufa, aunque siempre un tanto grosera y canallésca. En el folleto que en breve dedicaré á este aspecto del carlismo, lo verán confirmado mis lectores.

Para adelantarnos una emoción regocijada, voy á copiar á continuación varios párrafos de un libro muy curioso, que no he encontrado en ninguna librería, pero del que hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional.

Se titula... Pero, no; no digo el título hasta no haber copiado todo lo que me conviene, no haga el diablo que algún partidario de la santa causa, seglar ó eclesiástico, vaya á la Biblioteca, lo pida y lo *carliste*.

Los datos están sacados de una carta que le pidió el autor del libro á un amigo que tenía motivos para saberlos, por estar en la Corte, y van después de una erudita descripción topográfica é histórica de la villa de Durango, que se honraba entonces con albergar á la degradada, aunque hambroña y cnismosa Corte del más heroicamente cobarde, aunque inepto rey de mojiganga que ha existido en el universo-mundo.

Y dicen así los párrafos de la carta:

«El pretendiente D. Carlos hace una vida bien simple. Su carácter sobrio hasta cierto punto y en ciertas cosas, le induce á vivir entre caprichos; su carácter superficial no le permite apenas ocuparse más que de trivialidades.

Por más que sea una verdad que cuando los hombres se encuentran en determinadas alturas su vida pública pertenece al dominio privado, hay un dique moral que se opone á la investigación del vulgo, y pasado este dique, correse gran riesgo de caer en la murmuración ó en la calumnia. Generalmente quien se mete en honduras prohibidas no sabe por donde salir y rompe por todo. Desde luego le espera el ridículo á los ojos de las personas sensatas. Yo, ni creo conveniente hacerme eco de habladurías, porque entonces carecerían de valor mis dichos, ni creo muy honrado pasar, aunque me sobrasen armas y municiones, á campo de veda, sobre todo teniendo la conciencia de perjudicar, no á una sola, que al fin esto es atenuante, sino á más de cuatro y á más de seis personas sin fundado ni racional motivo.

Atento á esta manera de discurrir, propio de gentes duchas, guardaré muy bien de pintar con brichazos de género repugnante ó clínico, este ligero esbozo que al velar de la pluma voy á hacer de las costumbres de D. Carlos, contra el cual no me anima, por lo demás, el menor asomo de ensañamiento. Así, pues, como iba diciendo, aquellas son un dechado de simplicidad. ¿Caprichos? Los ha tenido variados y curiosos el sobrino

de Montemolín en estos años. Últimamente su habitual y predilecta distracción la componían un negrito de corta edad y un lobezo domesticado, seres que medía por igual y se los llevaba por todas partes. El negrito desempeñaba cerca de la persona de D. Carlos, alternativamente, los papeles de *valet de chambre*, de *groom* ó de *buffon*: este último en particular. Pagaba el mal humor de su amo y era el encargado de desvanecerse, cuando lo tenía. Pululaba por todas las cámaras de palacio, con tanta *sans façon* como si fuese el Intendente de la casa. Lo mismo se le veía en la cocina golosineando, que en la cámara misma del «Rey nuestro Señor», en la que tenía entrada, ni más ni menos que sus consejeros aúlicos y los grandes de España cubiertos. Tal era la fe que D. Carlos puso en el famoso negro, que si le hubiera éste dado algún consejo, sospecho que lo hubiera recibido muy serenamente. Todo se lo permitía.

Cuéntase que una tarde, yendo de paseo D. Carlos por los jardines de Durango, y llevando, como era consiguiente, al negro por delante, púsose éste al alcance de sus regios pies, y le pegó aquél, sonriendo, un regio puntillazo en la parte posterior, que hizo dar al hijo de Cam un solemne brinco. Entónces este volvióse, y mirando á D. Carlos cara á cara le dijo: «Parece mentira que, siendo rey, seas tan bruto». A lo que contestó aquél lanzando una sonora y satisfecha carcajada. Porque D. Carlos tenía formada una alta idea de las dones bufónicas de su bronceado servidor; ello es que todas sus actitudes le parecían humorísticas, todos sus movimientos graciosos, todas sus necedades chistosas y todas sus ocurrencias chispeantes.

El tal negrito iba decentemente vestido, como corresponde á la especial intimidad que gozaba en la fumante corte. Las personas que presenciaron en Pau la llegada de D. Carlos, huido de España, pudieron ver, entre el acompañamiento de aquel, al célebre negrito, el cual marchó también en el tren express que se había hecho preparar D. Carlos para continuar el viaje.

Ahora bueno es que diga breves frases del lobezo. No sé de donde procede, ni donde se adquirió, ni su edad siquiera. Es lástima que quede velada por la Historia la biografía de tan importante personaje, como lo es también que las generaciones futuras ignoren el nombre del negrito. El inocente animal (hablo del lobezo), debía encontrarse violento á fuerza de comodidades. Si sus montara-ces compañeros lo hubiesen visto, á buen seguro que no hubiesen envidiado su suerte. Como una fiera se domestique y logre captarse el cariño del amo, cae en el peor de los males posibles. Su amo, con la mejor buena fe, la llena de atenciones, la rodea de cuidados, y no piensa que lo que á una criatura humana le vendría de perilla, es un continuo torcedor para un ser irracional, por doméstico que parezca. Tan sandio se me antoja el

tratar á un animalejo cual si fuera un niño estimado, como el tratar un niño cual si fuera un animal predilecto.

El pequeño lobo era para D. Carlos, no un animal como cualquier otro, sino un amigo de confianza. Sentábalo á su mesa en las comidas de familia; jugaba con él en los instantes de ocio; hacía que le siguiese á todas partes; halagáballo con esas tinezas con que un padre suele procurar la alegría de sus pequeñuelos. A propósito del lobo en cuestión, allá va una anécdota, que se me ha referido por persona que no sabe mentir.

Cuando á principios de 1876, cierto número de oficiales pasó de Navarra á Cataluña con instrucciones por ver si podía iniciar allí un levantamiento, el teniente coronel, jefe de aquellos jóvenes, acudió á Durango personalmente á despedirse de D. Carlos. Este le recibió con marcada deferencia y le dirigió las palabras de atención que convenían al caso.

El teniente coronel, correspondiendo á una señal, había tomado asiento frente á una mesa junto á la cual estaba D. Carlos jugando con el lobo.

—Vamos, tomará usted una copita, le dijo su Rey.

—¡Señor...!, contestó el jefe inclinando la cabeza, sometiéndose á la indicación y como no concibiendo tamaña honra.

El Rey mandó traer una botella de Jerez y copas. Llenáronse éstas. No me consta si hubo brindis; lo que hubo fué que, al poner el Rey la copa en sus labios, apartóse la de repente y dijo con viveza al criado:

—Tas unos bizcochos.

El teniente coronel, suponiendo que D. Carlos quería reparar un olvido, dejó también de beber, al igual que su Rey, pues otra cosa hubiera sido descortés impaciencia.

Vuelve el criado con una bandeja de bizcochos; coge D. Carlos algunos y se los hace tragar al lobezo; y sin ofrecer ninguno á su visitante, apura la copa que entre los dedos tenía, en lo que aquel enseguida le imitó, sorprendido de tan extraña acción, y de la original galantería que su Rey usaba con el lobezo, el cual, por lo visto, no habla de ser menos que un teniente coronel. Los caprichos raros parecen patrimonio de los grandes hombres.

La figura de D. Carlos no es despreciable. Se le ha pintado como un tipo de mozo arrogante y figura bella; no lo es tanto como aparece en los retratos. Sus facciones en verdad son correctas, su barba nermosa y poblada, su cuerpo nada enano; desde luego llama la atención por su estatura y por la virilidad y desarrollo de sus músculos. Pero aquella fisonomía crece por completo de expresión; aquella frente no acusa grandes dotes intelectuales; aquellos ojos pequeños y sin vivacidad, no revelan energía ni perspicacia, ni agudo golpe de vista; aquel gesticulamiento al hablar, descubre un carácter versátil, ligero. Montado á caballo, con un lujoso dornan de co-

ronel de húsares de la guardia, calda su magnífica boina azul sobre el ojo derecho, dejando descubierta toda la sien izquierda, visto así, en perspectiva, constituye lo que se llama una gallarda y arrogante figura. Mas si os fijáis en los detalles, descubriréis en él una dentadura cuyo aspecto nada tiene de estomacal. Andando por sus pies propios, pierde D. Carlos mucho de su atractivo: no sabe andar: sus piernas dificultosas le dan el aire de un patizambo.

Las mujeres de las Vascongadas y Navarra le miraban como prototipo de la belleza absoluta. No había hombre más hermoso que él en todo el orbe. Dios lo había hecho así, porque un Rey de derecho divino no puede ser feo. Además las gentes fanáticas ven en él un ser sobrenatural, fantástico, á semejanza de esos ángeles de fulmínea espada que aparecen en las batallas milagrosas, un ser enviado por Dios para honrar todos los sitios que pisase, para consagrar todo lo que le rodeara, ser al que nada le era ilícito y tenía el derecho de exigirlo todo de todos; díganlo no pocas hijas de aquel país, en las cuales parece estaba muy arraigado el concepto debido á la elevadísima, inviolable é impecable personalidad del mancebo austriaco.

¿Austriaco he dicho? No; no. Digo mal: retiro la palabra. D. Carlos, elegido por Dios Rey de España, no es extranjero. Bien es verdad que su madre, su familia toda residía en Austria cuando él nació; ¿pero eso qué importa? Su buena madre, ya en vísperas de parir, abandonó sigilosamente la extranjera tierra y acompañada de una amiga íntima, vino á un humilde lugar español á lanzar el predestinado niño. Después de esto, regresó incógnitamente al Imperio de Austria, y el misterioso viaje de la princesa quedó velado. He ahí la versión que circula en las provincias del Norte, respecto al nacimiento de D. Carlos. Los curas de los pueblos y aldeas han sido encargados de revelar el peregrino suceso á sus feligreses, los cuales lo creen á puño cerrado. ¿Pues no faltaba más! Según los navarros, el dichoso lugar natal de D. Carlos es Elorrio; según los vizcainos, San Antonio de Urquiola, en cuya célebre ermita recibió el agua bautismal el recién nacido, antes de partir á las tristes regiones del ostracismo. Por inverosímil que á los incrédulos liberalotes parezca la leyenda, más inverosímil es la fe con que navarros y vascongados la escuchan de labios de los curas y la imbuyen en el entendimiento de sus hijos.

Según parece, D. Carlos no carece de instintos democráticos. Iba por la calle sin aparato alguno, las más de las veces, y á sus subditos trataba con singular llaneza. Sabido es que el exdiputado carlista Sr. Antuñano falleció en Durango: pocos días antes de morir recibió en la fonda en que se hospedaba y desde el lecho del dolor, la visita de su *amantísimo* rey.

No adivinamos si algún día triunfa el carlismo, á qué categoría será elevada la

va histórica villa de Durango. ¿La erigirán en capital de Vizcaya, por castigo á las deslealtades y resistencias de Bilbao? Cuando menos, le sería otorgado un premio digno, por más que la gratitud no figure como el más especial distintivo de los príncipes. ¡Pero tantas cosas veríamos si D. Carlos triunfase!...

Donosa carta y preciosos datos, mas no he de utilizarlos para censurar al propietario del derecho divino que se entregaba á tan honestas distracciones... ¿En que iba á emplear el tiempo si no? ¿O se quería que mientras los suyos morían en las trincheras ó en las cargas á la bayoneta para colocarle en el trono, él se hubiera estado tranquilamente en Durango sin hacer nada?

Y si no podía entregarse al estudio de ningún problema, por que no había nacido para ello; ni á combinar planes de campaña, por que sólo era ducho en las lides de Vemís, ¿qué ley divina ni humana se oponía á que distrajera sus reales ocios acariciando y *bizcocheando* á un lobezno, y procurando fortalecer sus soberanos remos *puntapieseando* á un negrito?

Además, él no vino á España á sentar plaza de héroe, y harto lo demostró la única vez que creyó verse en peligro en Oroquieta, escapando á un paso que hizo presentir la velocidad de los automóviles: él sólo vino á que los demás tuviesen el alto honor de sacrificar reposo, familia, hacienda y vida para colocarle en el trono al que tenía divino y perfectísimo derecho.

Por esto la Historia no ha extrañado que se mantuviese siempre á prudente distancia (tres ó cuatro leguas cuando más cerca) de los sitios en que se batía el cobre, y por esto no quiero yo tampoco tomar pretexto de los datos de esa carta para decir que era un mamarracho, sin conciencia de lo que debe ser un pretendiente á un trono, sin idea de lo que es el honor militar, y sin noción ni presentimiento siquiera de lo que es un hombre.

No, nada de eso diré, aunque pudiera parapetarme al decirlo tras los carlistas serios, dignos y honrados que advirtieron que era todo eso, cuando ya se habían comprometido á servir su causa y era para ellos compromiso de honra seguir á su lado.

El tejado, el loco y la pedrada de la huelga

Pues, señor, ahora resulta que los ministerios, las cámaras y altas oficinas, son madrigueras de consejeros de las Compañías de ferrocarriles.

Y todos esos, diputados, senadores y ministros van á juzgar la huelga de ferroviarios.

Si alguno de ellos vota en favor de los obreros ¿qué harán con él las Compañías?...

Como si lo viéramos: dimitirle por no cumplir con el empleo. Son empleados como los otros: aquéllos cuidan de la conducción de los viajeros; éstos de la conducción de los conflictos con la Justicia.

Son los guarda-vías que desvían la marcha de la ley y de la justicia del Estado, contra los trenes de la sociedad, evitando los choques.

Y como quiera que estos operarios son enemigos acérrimos de las huelgas y de la libertad de su trabajo, cumplirán con su deber de trabajar...

Por la conservación de las Compañías...

Son empleados honradísimos.

Y ninguno tan loco que vaya á tirar piedras á su tejado.

Enseñanzas clericales

Recuerdos históricos

Juan Azor fué un célebre teólogo español, natural de Zamora, que nació en 1533.

Desempeñó la cátedra de Teología en el colegio de la Orden de Roma y luego tuvo la feliz idea de reunir sus lecciones en una obra en tres tomos titulada *Instituciones morales*, que desde el momento de su aparición fué vivamente discutida por las atrevidas teorías que sustentaba. Entre otras cosas, sostiene en dicha obra (libro II) que *es permitido á un hombre de honor matar al que le abofetea ó le infiere un insulto de esta magnitud, así como al que le roba su bien, aun cuando no tema de él ninguna violencia*. (libro XI).

Ya puede suponerse con cuán poca caridad tratarían al jesuita sus rivales monásticos, especialmente los dominicos; pero la viva discusión entablada con este motivo, fué cortada por un Breve del papa Clemente VIII en que se autorizaba la reimpresión de las *Instituciones* de Azor, lo cual no fué óbice para que, algo más tarde, Pascal impugnara la obra con las más duras frases.

Sin embargo de todo esto, Bossuet no vaciló en calificarla de *utilísima* para los sacerdotes, y sobre todo para los confesores.

El jesuita Azor murió en 1603, no sabemos si en olor de santidad, ni si tuvo ocasión de aplicar en vida su evangélica teoría de la puñalada trapera contra el insulto más ó menos suave.

Otro asuntillo.

Se recordará, cuando el fusilamiento de Ferrer, que fué celebrado con un gran banquete en la levítica ciudad de Vich, presidido por el obispo de la diócesis del salchichón.

El obispo hizo desmentir la noticia en la prensa, pero yo saqué á colación el siguiente precedente histórico, que publiqué en *El País* y que tengo el gusto de reproducir, para que no se olvide,

por si acaso, por que estas cosas siempre vienen á pelo:

Nadie ignora que el general Torrijos sirvió en la guerra de la Independencia, tomó parte activa en la revolución de 1820 y habiendo tenido que emigrar por los acontecimientos de 1823, se refugió en Gibraltar, donde con sesenta hombres decididos, en la noche del 1.º de Diciembre de 1831 salieron para Málaga en dos malos faluchos para recabar de los malagueños que les secundasen en la lucha contra el absolutismo infamante de Fernando VII.

Sabido es también que el movimiento revolucionario fué traicionado y Torrijos y sus compañeros fusilados á los pocos días. El nombre de Torrijos, que por algún tiempo quedó bajo el peso del oprobio oficial, fué rehabilitado al establecerse definitivamente en España el régimen constitucional, y hoy se halla escrito en letras de oro en una de las lápidas del salón de Sesiones del Congreso.

Pues bien, por los días del fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, se afirmó que Bonet y Orbe, á la sazón obispo de Málaga, y que más adelante obtuvo la mitra de Toledo, «había solemnizado la hecatombe con un festín babilónico.»

Ya ve el obispo de Vich que si no presidió el banquete, había precedente y pudo hacerlo.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, Octubre 1912.

UN PODER NACIONAL

En la sesión del Congreso del sábado, el presidente del Consejo, hablando de los ferroviarios, disparó esta frase:

«¡No quise pactar con Roma—dijo—para traer el proyecto de ley de Asociaciones, é iba á pactar con los obreros para traer los proyectos de ferrocarriles! (Rumores).»

¿Rumores? ¿Nada más que rumores? ¿No se vino abajo el Congreso y no estallaron los cañones de los castillos de la Nación?

Porque la revelación está clara:

«Roma es para los gobiernos monárquicos un poder infinitamente más respetable que el pueblo español.

«Pactar con Roma... menos mal: pero ¿con las clases populares? ¿pactar con los electores á quienes los ministros deben sus actos y sus sueldos?...

Hasta ahí ha llegado la democracia monárquica.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



1835.--Fusilamiento, en Codoñera, de dos ancianos de 65 y dos jóvenes de 16 y 18, delante de la madre de éstos.

Ayuntamiento de Madrid

Del alma del cabecilla

El canónigo Jaime Collell

Uno de los daños que la plaga carlista ha causado á España, ha sido la destrucción de muchos caracteres nacidos con grandes facultades, naufragados en el río revuelto de las pasiones políticas y devorados por los *pescadores* de mala ley.

De este modo los destinos públicos cayeron en manos de los ineptos astutos, de cuya suma de astucia y de inepticia ha salido la fama lograda en el mundo por España. He aquí un ejemplo:

Andaba yo por los trece y catorce años: era seminarista de Vich: al principio de curso nos daban diez días de ejercicios espirituales los jesuitas y claretistas, que se disputaban este honor como lobos que se disputan la presa.

De dos parejas de estos agitadores revolucionarios recuerdo con bastante precisión: de la jesuita que formaron los primeros espadas P. Goberna y P. Celestino Matas, y de la claretista que compusieron el P. Ramonet y el P. Font. Los cuatro son célebres en los anales de sus sectas respectivas.

El seminario de Vich había llegado á contar 1.500 alumnos, reclutados de todas las clases sociales. Teníamos allí los aristócratas de la tierra, Abadal, Oñós, Rocafiguera, Calderó, Manxarell, Nadal y otros innumerables. Estábamos allí los de clases modestas.

Los ejercicios espirituales eran para las dichas órdenes frailunas la semana de pesca; servíanles para tender la red y sacar una redada de jóvenes que como buitres se llevaban á sus cavernas lejanas y solitarias, para no saberse más de ellos. Objeto de su preferencia eran los hijos de los ricos, así cayeron jesuitas los jóvenes Abadal y Calderó; ó los de parientes influyentes, así cayeron los sobrinos del provisor Pío Pi y el propio provisor en persona: ó lo más escogidito de las aulas: así cayeron Escaler, Lloberola, Camps y un sin fin de ellos. Cómo yo me libré de estas redadas, fuera largo de contar. Me libré, y está dicho todo.

El tiempo de guerra, es tiempo de reedición para seminaristas y aun para noviciados. Tal fenómeno constante en la Historia de España y sin interrupción, merece unas líneas, ya que no un libro de estudio para los gobiernos.

El hecho es así: desde la Edad Media, en las guerras contra los moros; en las Comunidades de Castilla; en las luchas dinásticas... ¡siempre, sin excepción, la guerra es un suceso esperado por gran número de frailes, de clérigos, de seminaristas y de novicios, como venida del Mesías.

Es un medio de romper las cadenas de la Iglesia que les arrastra al abismo de la esclavitud clerical; cadenas de familia, de relaciones, de prejuicio, de ambiente externo é interno... cadenas, en fin, que no saben romper de otro modo.

Este mal tiene un origen bien extraño. Los liberales, creyendo dañar á la Iglesia, negaron valor oficial á los estudios de segunda enseñanza de los seminarios. Esta ley, al parecer anticlerical, ha sido la fuente más rica del clericalismo: la que hace esclavos de la Iglesia á los seminaristas.

Los obispos lo saben bien: cada guerra civil produce en aque los centros la desbandada. Seminarios y conventos quedan vacíos. Y así ocurrió con el seminario de Vich, no sólo en las tres guerras carlistas que allí se dieron, sino aun en la guerra de África, á donde corrieron voluntarios y á bandadas los seminaristas.

¿Iban á defender la integridad de la patria ó la supuesta legitimidad del carlismo?... Nada de esto. No iban á ninguna parte, sino que huían del seminario, huían del dominio de sus familias, se «emancipaban». La legitimidad y lo demás eran pretextos para justificar ante el público y ante sí mismos la fuga que les impiden la familia, el Estado y la Iglesia puestos en villa: no acuerdo.

A la sazón de nuestros ejercicios, la guerra carlista era reciente.

El Seminario de Vich se estaba rehaciendo de los estragos de aquella, en las filas clericales. Los alumnos conocíamos á los que antes lo fueran y que se habían libertado gracias á la guerra civil, y ansiábamos otra *por esto*, sin confesárnoslo unos á otros. Y más por esto que por otra cosa, agitábamos el fuego sagrado del ardor bélico carlista, que en los Seminarios de Cataluña tanto dió que hacer á los obispos y aun al Gobierno. El Arzobispo de Tarragona hubo de cerrar el Seminario, que se le rebeló francamente. Morgades en Vich sufrió grandes derrotas y continuas caricaturas.

El profesorado estaba dividido: lo más sano de él era carlista *enrage*. Lo propio ocurría con el cabildo catedral. Aquello era un encanto de anarquía.

Los frailes de los ejercicios explotaban estas pasiones á más y mejor. Y como quiera que en el clero se había producido la escisión aquella llamada de los *mestizos*, cuyo jefe fué Pidal y Mon, los frailes agitadores nos excitaban al combate con todas las industrias de la mística parda, que halla argumentos para todo.

Goberna y Ramonet, al tratar de estos asuntos, más que oradores, eran energúmenos. La ocasión propicia para dar rienda suelta á la mística bandolera, era el sermón llamado en los Ejercicios, de *las dos Banderas*, que es el punto estratégico en que el diablo ignaciano acecha el espíritu aturrido, confuso y aturrullado del ejercitando, para precipitarlo al abismo preconcebido.

El lema contra los mestizos era este versículo del Evangelio:

«Ojalá fuéses frío ó caliente; pero porque eres tibio, te vomitaré de mi seno.»

Los calientes eran los carlistas; los fríos eran los liberales; los tibios eran los *mestizos*; los que ponían una vela á Dios (la Iglesia) y otra al diablo (el Estado); que vendían la conciencia á la dinastía y al politicastro, por el plato de lentejas de la mitra ó el canonicato; los que acudían á las *ollas de Egipto* sazonando el puchero con el vino del caliz.

Y decía Goberna: «sacerdote y liberal, ó muy tonto ó muy pillo»...

Esta actitud frailuna era entonces, cuando todavía no habían sido admitidos en el Palacio de los reyes los jesuitas, y cuando los ministros conservadores no iban á Loyola á pedir instrucciones. Entonces el Estado era el *Diablo*; había que odiarlo de muerte, y había que odiar de muerte á los clérigos que pactaban con él las paces

Los que ponían las dos velas, eran los agustinos y dominicos, que fueron los primeros áulicos del Palacio Real. Los jesuitas abrieron sus puertas con la llave de la marquesa de Comillas y con las *Pequeneces* de Coloma.

Los *mestizos* de Vich, eran el obispo Morgades, el canónigo Collell y el otro que se perdió en el anónimo, llamado doctor Pazos.

Los jesuitas no citaban nombres; eran bastante astutos para no incurrir en el peligro de un estacazo episcopal. Pero hablaban de modo que todos pudieramos adinarlos, y nos dejaban á los alumnos inexpertos é incautos el cargo de personalizar los ataques. Yo era de los más osados y necios.

Morgades me llamó un día, sabiendo que se le acusaba de *mestizo* solemne:

—¿Yo mestizo?—Me decía.—¿Yo que fui individuo de la Diputación catalana ante D. Carlos para preparar la guerra?..

El arzobispo de Tarragona, a go pariente mío, me llamó á su vez, y me decía:

—¿Liberal yo, que siendo canónigo de Urgel facilité las armas á la partida de tu abuelo?..

Ya murieron estos personajes: sólo sobrevive mosen Jaime Collell.

Era á la sazón omnipotente en el obispado, y además, ducho, muy ducho, y además tenía otras muchas condiciones.

Collell, en tiempo de la guerra carlista, había sido un elemento revolucionario de lo más turbulento. Contábanse de él no pocas diabluras que le dieron relativa celebridad de batallador y de conspirador.

Y acabada la guerra fué uno de los primeros *mestizos* que pactaron con el *liberalismo condenado*, en cambio, según se decía, de la prebenda que disfrutaba, de la mitra en perspectiva y de otros no menores destinos.

Y para que el lector pueda apreciar la personalidad de este hombre, sepa que fué quien hizo y deshizo á Verdagué; quien hizo y deshizo á Morgades; verdadero autor y padre del *Museo Arqueológico de Vich* y del Monasterio de Ripoll, y, por fin, patriarca real y verdadero del *catalanismo* y aun de aquel separatismo nacido de dos versos de una de sus más vigorosas poesías:

«Poble que mereix ser lliure
si no li donen s'ho pren».

equivalente á esta máxima definitiva del derecho de los pueblos:

«La libertad se toma y no se pide.»

En aquel tiempo, fuí su más encarnizado enemigo. Contra su semanario *Veu de Montserrat*, madre natural de la *Veu de Catalunya*, y ésta madre, á su vez, del *catalanismo* revolucionario de antaño; contra aquel semanario, opusimos los seminaristas del otro bando *L' Independent* (luego *Norte Catalán*).

De aquella refriega salió en consecuencia última y definitiva una lección de experiencia social, bien singular. Los jefes de cada bando fueron las víctimas y los que abrieron el paso á los *neutros*... de ideas, de sentimiento, de sexo, de conciencia y de voluntad.

Collell, á pesar de su saber inmenso, de su erudición extraordinaria, de su trabajo hondo y continuo, de su cerebro macizo y consistente, de sus grandes obras, de sus hechos geniales; á pesar de ser quizás el

primer talento de la Iglesia española y el único que no cede ventaja á ninguno de los sabios extranjeros; á pesar de ser varón capaz de honrar los mayores destinos y de acometer las mayores empresas por la ciencia, por la literatura, por el arte y por el progreso... ¡allá está, arrinconado en la mísera prebenda de Vich, prisionero de aquel avispero de canoniguillos envidiosos, maldicientes, gazmoños, fatuos é insoportables... allí está Collell, hecho un mísero canónigo cuando debía brillar en la cumbre de la gloria nacional!

¡Cuántos y cuantísimos talentos de todas clases han sucumbido á esta plaga devastadora de los genios más escogidos!

Hace pocos días leí en un periódico carlista un ataque violento y escarnecedor contra Collell por atreverse á resistir la corriente *requeté-cursi* y *requeté-necia* que están hinchando y empujando cuatro menzuras clericales emboscados entre las zarzas jesuíticas...

Esta es la moraleja del cuento: Collell es una víctima atroz del *carlismo concordado*. No es víctima por los daños que ha sufrido; es víctima por lo que ha dejado de ser y debió haber sido.

Es un genio que España ha perdido y que pudo dignificar y honrar á la patria que lo hubiese reconocido.

Morirá siendo un simple canónigo el que debió brillar en el mundo con el esplendor de su enorme talento y actividad.

Este, en cuya comparación son ranas rastreras los actuales próceres de la Iglesia española, este genio ha sido devorado por la lepra nacional.

Sirvió al carlismo, que lo llamó traidor.

Sirvió á la dinastía... y sus gobiernos, por miedo al carlismo, lo han enterrado en el cabildo catedral, fosa común de los imbéciles paniaguados y de los ridículos cortesanos.

El que nació con voz épica para pregonar las glorias de la ciencia á la faz del mundo, está condenado á mascullar *kyries* y *aleluyas* entre los gansos de la arrinconada catedral, donde vivaquean los inválidos y los vivillos. Así devora este cáncer de la patria, llamado carlismo, las más sanas energías, y castra las conciencias más viriles de la nación, dejándola en poder de los canucos de todas layas...

S PEY ORDEIX

Los que hacen voto de pobreza

El *Evangelista*, de Roma, nos da á conocer que las rentas de los Capuchinos, pretendidos imitadores del *Poverello d'Assisi*, son de dos millones de francos.

La contaduría de los Asuncionistas, en Roma, administra un capital de cien millones.

La de los Eudistas dispone de más de un millón.

Los monjes de San Vicente de Paul han acumulado quince millones antes de instalarse en Roma.

Los Lazaristas tienen ricas factorías y bancos prósperos en el Extremo Oriente.

Los Maristas de Lyon poseen quince millones.

Los Padres Blancos de Africa se ase-

guran una renta anual de dos millones, gracias al comercio de vinos y á la fabricación del alcohol, etc.

¡Y aún piden limosna!

Cuentos cortos

El zorro constipado

—¡Qué aburrido me encuentro hoy!— exclamó el león bostezando.—Después contempló á sus súbditos y le ocurrió la idea de invitar al asno, al lobo y al zorro para charlar de política.

La visita efectuóse á la hora convenida.

El rey mostró á sus huéspedes cuantos tesoros poseía, llevándoles por toda la casa. Muy bello y agradable era todo..., excepto el olor infecto que reinaba. Por doquiera se veían amontonados los huesos roídos de los corjeros muertos, que despedían un hedor horrible. Toda la habitación apestaba de manera insoporable.

Hecho el recorrido, el rey condujo á sus invitados hasta la puerta y les rogó que tomaran asiento. Comieron y bebieron hasta hartarse, y después, el rey, dirigiéndose al asno:

—Vamos á ver, rucio—le dijo—: ¿qué te parece mi casa? Dime la verdad, porque estoy acostumbrado á oír siempre la verdad entera.

—Majestad—repuso el asno—; soy indigno de semejante merced; pero si deseáis escuchar la verdad de boca de un asno vil, os la diré. Vuestra residencia y cuanto encierra me han gusta lo mucho; no puedo decir lo contrario...; pero el aire que se respira en vuestro palacio es muy desagradable: huele á muerte.

—¡Miserable calumniador!—gritó el león—. ¿Quién eres tú para afirmar que en mi casa huele mal? Voy á castigarte como merecen tus palabras imprudentes.

Y esto diciendo, mató al asno de un zarpazo y le tiró en un rincón.

Después, se dirigió al lobo:

—¿Qué tal? ¿Has visto cómo castigo yo la difamación? Dime tú ahora la verdad; pero la verdad entera.

—Majestad—respondió el lobo con cierta inquietud—: el asno parecía tener miedo á los fantasmas. ¿Cómo podría ser que vuestro palacio tuviese mala reputación? Todo se encuentra aquí en el orden más perfecto y el olor es agradable y dulce...

—¡Ah! ¿Conque tú dices que el olor es agradable y dulce?—exclamó el rey dejando ver en sus ojos una chispa de perfidia—. ¡Tú eres un miserable adulator, y vas á recibir la recompensa!

El león dió muerte al lobo y le arrojó en otro rincón.

En seguida, dijo al zorro:

—¡Hola, zorrito! ¿Qué dices tú de mi amor á la Justicia? Ya has visto cómo castigo la calumnia y la adulación. ¡Yo soy un rey justo! Pero veamos ahora también cuál es tu opinión.

Maese zorro estornudó varias veces, secándose la nariz contra la arena. Después dijo:

—Noble rey entre todos los animales; grande es vuestro poderío, sabios son vuestros juicios. Habéis hecho justicia al asno y al lobo. ¿Queréis ahora conocer mi opinión? Es esta: todo me ha gustado enormemente en vuestra mansión. El castillo es espléndido y está provisto de todas las cosas buenas. Pero... del olor que en vuestras habitaciones reina, nada puedo decir, porque...—y estornudaba sin parar—porque... ¡estoy constipado!

F. DOMELA NIEUWENNUIJS

EL ISCARIOTISMO

LA IGLESIA, SECTA SECRETA

No es nuevo el hecho, pero si lo es el dicho. El *ocultismo* de la Iglesia alcanza fecha muy remota: el estudio de este ocultismo está todavía por hacer. Hasta aquí, sin embargo, era un *hecho convencional*; ahora va á ser constitucional y dogmático, es decir, sustancial de la vida eclesiástica y quintaesencia suya. A toda prisa se está organizando en *secta secreta* á guisa de carbonarismo, á semejanza del Katipunan y de otra cualquiera. Va á ser la fase *jesuítica*, francamente jesuítica; en la fachada ostentará el consabido *HIS*; empapelará las paredes exteriores del Vaticano con las hojas del Evangelio. Dentro... ¡dentro será otra cosa! Nadie sabrá lo que ocurre, ni cómo funcionan sus organismos, ni quien los componga, ni las contraseñas de reconocimiento, ni los caminos por donde andan, ni el objeto que persiguen.

Va á ser la obra acabada y completa de los demoniacos genios de los Coona, de los Orsini, de los Farnesio, de los Médicis, de los Borjas y de los Loyola, que han dado de mano á sus discordias intestinas y á sus bandos sanguinarios de linaje, para fusionarse en una sola y gran *sociedad católica*, de chanchullo, impostura, corrupción, hipocresía y embuste universal.

Hace siglos que el Evangelio iba por un lado y por otro el Pontificado. La pasión de Cristo escarnecida por la Corte del Pontificado fué desde el siglo xv asunto siempre nuevo é inagotable para Caricatura. El Vaticano y el Calvario, la corona de espinas y la tiara, la caña de Cristo y el báculo episcopal, dieron siempre motivo á picantes sátiras, y al Papa fama universal de Anticristo.

De esto hace ya siglos. Pero aunque divorciados y en lucha con el Evangelio, Roma tuvo un Bulario y unos Cánones rajantes y definitivos que reconocían la posibilidad de que el Papa fuese un estafalario ó un loco de atar; la Iglesia (es decir, los obispos) se creían con derecho de arrojarlo del episcopado, y aun de pasarlo con coraza, sambenito y mordaza por las calles de Roma y arrojar sus cenizas al Tiber. Y como corría peligro el

Papa, corríanlo los cardenales y los obispos, los generales y abades de órdenes religiosas y aún las propias órdenes. Los Templarios sucumbieron á esta disciplina, quemados vivitos y coleando. Los jesuitas no llegaron á tanto, pero faltó poco. Obispos condenados hubo á montones y cardenales excomulgados se contaron por docenas. Había una ley bastante indecente, asaz impia, con ribetes de facinerosos: pero ley al cabo.

Ahora se acabó la ley. Hace ya algunos años que no rige. Desde que rena Pío X se entronizó la anarquía con todo furor; anarquía que en España está causando víctimas y estragos, ante quienes el Estado se cruza de brazos, como importándole un bledo la suerte de los nacionales y aun de aquella quíscosa llamada *regalías de la Corona*, cuya defensa juraron la Monarquía ante las Cortes y los ministros ante el trono.

Claro está que el Papa no ha promulgado jamás este dogma: «El Evangelio ha dejado de regir». Esto no se dice, pero se obra en consecuencia. Tampoco ahora ha anunciado la suspensión de la ley y el reino de la anarquía. Esto se hace y no se dice. Ocultismo de dinero, de funcionarios, de proyectos, de dogmas y de tráfico.

Pero sin querer, se va diciendo poco á poco, y se va ejercitando á la *grey* en esta nueva vida de *secta secreta*, de ocultismo absoluto, de obediencia ciega, bestial, brutal y degradante.

La secta va á funcionar primeramente organizándose con los «Estados» con pactos secretos, velados al público, conocidos solo de los bandoleros romanos y de los bandoleros políticos de los respectivos países.

No quiere ya *concordatos*, sino *chanchullos* y *contubernios*. Así lo declara en un diario beato el consabido prelado vaticano por mano de un simulado corresponsal, con estos términos, que se aplican á Francia:

«Los tiempos modernos dan su preferencia á las *ententes* oficiosas; á los *modus vivendi*, que se basan sobre concesiones recíprocas, que se sustraen al rigor de la sanción parlamentaria, y que permiten á los contratantes vivir, y dejar vivir, á veces muy felizmente. Esta es la situación del Vaticano en Italia. M. Giolitti dice ya «que el poder civil y el poder religioso son dos líneas que, como las paralelas, deben ir siempre uno al lado del otro, aunque no se encuentren jamás.»

«Pues bien; en Italia, si alguna vez hay contactos (la geometría política permite estos fenómenos), no se altera la situación. La Iglesia es respetada, sus organizaciones proceden con libertad; hasta las Órdenes religiosas, á pesar de una ley del Estado, han podido reconstituirse y las Congregaciones extranjeras expulsadas de sus países respectivos, han hallado en Italia un refugio posible y seguro. ¿Por qué no se ha de conseguir algo semejante en Francia?»

Estamos enterados, mejor dicho: hace tiempo que estábamos advertidos de este *llo*. El *pacto secreto*, no entre el Estado y la Iglesia, sino entre los mangoneadores

de la Iglesia y del Estado, á base de *do ut des*, «toma y daca».

¿Cuáles serán estas dacas y estas tomas?

Como si lo viéramos. El Vaticano sabe que hasta Cristo se dejó comprar y vender cuando cae en manos de políticos judíos y de apóstoles judaicos: conoce la avaricia y empeños de los reyes, como el de Portugal, y León XIII supo ofrecerle sus servicios de corredor de prestamistas: conoce los *Ratones Pelas*, los Rochette, los Pepe-Hueveros de todos los países y de todos los partidos, y he aquí sus dacas.

En cambio de estas dacas, recibe las tomas que el Prelado nos cuenta del gobierno de Italia, del rey excomulgado por fuera y comulgado por dentro.

Y de aquí el nuevo *catolicismo* compuesto por los chanchulleros de todas las naciones en inteligencia secreta con el Vaticano y en lucha aparente con él.

Es el bandoleísmo universal organizado debajo del altar de Cristo.

Estamos, pues, en plena era del *Isca-riotismo*.

El mayordomo del apostolado, pactando secretamente con los emisarios de Herodes y Pilatos y besando en público el crucifijo.

S. P. O

Mordaza para los neos

La *Croix* de París, órgano del Papa, de la Iglesia y del jesuitismo en la prensa, ha sido condenado por los tribunales por delito de difamación del P. Jacinto Loyson con ocasión de su muerte.

Si todos los difamados por la prensa clerical entrasen en la buena costumbre de llevarlos á los tribunales de justicia, difícil es que se excusaran de la cárcel los mismos autores de las encíclicas papales, que son otros tantos libelos difamatorios.

Arrimen, empujen y tripoteo

Si yo fuera cajista pondría en letras de cien leguas el anterior tituló. Porque se las trae. ¿Verdad que se las trae? Cualquiera que lea eso del *arrimen*, y del *empujen* y lo del *tripoteo*, deja de leer... A un lado la modestia y á otro el pudor, ese tituló daría de sí *lo suyo*. Vamos, es un decir. Porque el literato que lo desentrañara, si á tanto se atrevía, habría de encontrar nada menos que una de las raíces de nuestro carácter.

Dice ó decía Montesquieu que el peor de los caracteres es no tener ingenio. Nos otros poseemos uno muy pintoresco, tan definido y claro, que no se necesita mucho talento para pintarnos como somos. Basta solamente investigar por ahí el len guaje y las costumbres, en España unidos de tal modo, que uno y otras forman un sólo cuerpo de doctrina. Esos tres nombres expresivos y gráficos, si los hay, proceden del caló popular, no del caló

del hampa, y describen los tres momentos históricos del baile del «agarro». Otras autoridades en la materia ó pus del asunto, dicen que se llaman de otro modo; *parcheo*, *magreo* y *jaripeo*; pero nosotros que somos un pozo sin fondo en eso de la cultura ó cultivo intelectual, afirmamos bajo palabra de hombres que estos tres últimos *palabros* son de origen americano, boro puro de ley y originarios de alguna *juerga* de bohío.

En fin, Cejador aparte, queremos decir que eso del *arrimen*, *empujen* y *tripoteo* tiene más importancia que el Congreso Eucarístico de Viena, y que si nos apuramos un poco, no del *agarrao*, sino del espíritu nacional responden. El que ó los que se interesan en nuestra psicología podrían investigar si no es verdad que procedemos en todas nuestras cosas por tres tiempos, y si esos tiempos se llaman ó no así. Primero nos *arrimamos* al asunto, luego le *empujamos* y después lo *tripoteamos*. *Arrimarse* es una gran frase completamente nuestra; significa perder la vergüenza, cosa no tan fácil como parece y aventura expuesta á determinado número de mamporros, coscorrones, *jabequees* y *gofetás*. *Arrimarse* un hombre á una mujer es buscar la querencia, *aluspiar* en bando y buscar hule ó pupa; tiene por extremo máximo el *arrejuntarse* y por extremo mínimo el contacto ó conjunción de *casual mogollón* y *tirabeque*. Os ruego que no os alarméis y que sigáis leyendo, porque esto no es hablar en chino sino en español castizo. Quien se arrime ha de ejecutar ese segundo movimiento estratégico que se llama *empujen*, no exento de percances tampoco, y para el que se necesitan *facultades*.

Por *facultades* se entiende el *traerselas*, ser un *niño de cuidado*, salvarse por piés, farolear dar en morrillo y no *achantarse*. El *tripotear* es marcarse como Dios y los cánones mandan y no ser *asauro* ni dar en hueso, si no clavarlas en las mismas péndolas y cerrar el tercio con dos de lo fino, de castigo y estirando los brazos. Alabado sea el Señor si yo me entiendo, pero vosotros me entendéis y eso es lo que busco. Si *diguéis* veréis quo no *marro* ó yerro, si no que pincho donde manda *María Santísima*. Empapando un asunto, así sea el tan manoseado de vuestra salvación, estad seguro de que es nuestro, de que nos *hacemos* con él y el *desmiguen*. *Arrimarse* á un asunto es citarle con limpieza, tener más vista que Dios y medir los terrenos. Empujarle es hacerle nuestro, sacándole del hilo de las tablas, y *tripotearse*, es resolverse por hechuras, riñones y circunstancias. Se trata, por ejemplo, de una dificultad técnica ó cultura en esta ó en esotra profesión; pues habéis de dejaros de estudio y de reflexión y saltar la barrera y citar en corto y salir de la suerte por la izquierda. Andar con prácticas es andar á gatas, y experimentar, *estar* más m chales que un cencerro. Habéis de acercaros al libro que deseáis conocer, torva la mirada, ladeada la cabeza, procurando no cambiar los terrenos y manejando la izquierda mejor que los ángeles.

Las cuestiones no se resuelven meditando sino con dos arrobos de sal é hígados y dando tripita, cadera y magras con vistas al sarcófago. Si los extranjeros leyeron estas cosas no las entenderían, pero á quienes no entendemos nosotros es á ellos. Andarse con filosofías es jipear y hacer cálculos es meterse en camisa de once varas. Para resolver un problema habéis de tener en cuenta los siguientes datos; que

los varilargueros han de seguir con turno riguroso; que no hay que confundir la navarra con la larga á punta de capote; que la temporada empieza después de la cuaresma y que son 396 las plazas de toros. Todo es cuestión de arrimen, empujen y tripoteo. Aplicad estos tres tiempos á la política española y notaréis con sorpresa cuánta es la razón que tengo. Tripotear en política da excelentes resultados, y si me perdonáis la manera de señalar yo os diría los nenes que hay por esos barrios quitando el hipo, los moños y los postizos. Del arrimen no hablemos, porque ¿quién no sabe de centenares de angelitos que viven del arrimo y de la sombra y del sol que más calienta, y así peñañean ellos si no se lo mandan como el Tarugo? En el empujen es ella porque es libre y en las aperturas está el balduque, la metonimia, el parcheo, el magreo y el jaripeo.

Por uno que toque en hueso, cien dan en blando, y así se preocupan ellos de las circunstancias como del Papa. Hay que hablar así, amigos míos, porque si no lo toman á uno por un panoli ó un infante en la lactancia, y liberos Dios de hablar de otro modo que de intelectuales está el infierno lleno. Quien ignore estas cosas está en el Limbo y no camela ni ve venir los Reyes. Por eso os ruego que no toméis á broma ó en broma lo que váis leyendo, si no que os lo aprendáis de carrerilla y procuréis no olvidarlo. Trabajo cuesta darse á partido y creer que esto es humano; mas en España vivimos y preciso es agarrarse al Diccio nario como de un clavo ardiendo y ver de qué gráfica y admirable manera están constanciados genio y figura, carácter y lenguaje, modales y costumbres. No es vanidad de literato, ni capricho de folklorista; es la verdad sencilla y grave; no tenéis más que examinar los vocablos del pueblo, profundizar en ellos un poco y veréis cómo responden á la entraña de la Raza. En país alguno del Mundo está como en el nuestro unidos así la expresión de lo que somos con la substancia del ser. Y así vamos pasando los sucesos, empujando los acontecimientos y arrimándonos á las circunstancias: como á mujeres.

EUGENIO NOEL

SALVAJISMO CLERICAL EN ACCIÓN

EL CRIMEN DE DURANGO

Los *requetés* de Durango nos han transportado de repente á aquellos delirios tiempos de *onizinos* y *gumboinos* en que los padres, hermanos, primos, tíos y amigos de Ignacio de Loyola, tomaban á diversión asesinar unos á otros, logrando aquellos *parientes mayores* enfurecer los pueblos, obligados á levantar hermandad contra los bandidos, arrasando sus casas y desterrandoles del país.

Descendientes de aquellos bandidos y de los que se les ponían á sueldo, los *requetés* han querido probar que no se extinguió la raza; y el 29 de Septiembre, pertrechados en su casino, atacaron á los nacionalistas á tiros, resultando, según el parte del capitán de la Guardia civil, *dieciséis heridos*.

«De éstos fueron auxiliados Hipólito Landeta, herido grave en el pómulo iz-

quierdo; José Zuazo, de Bilbao; Anastasio Arrazola, de Axpe; Pedro Orúe-Echevarría, de Bilbao; Villachica, de Bilbao; Feliciano Izaga, de Durango; Lorenzo Lejarazu, de Durango; Esteban Iturriaga de Bilbao; Francisco Vizcamendi, de Durango; Pedro Soalgoitia y Estéfano Barrenechea, de Durango.»

Al lado de las víctimas, merece ser conocido el nombre de los autores, á quienes el Papa y Jaime III podrán dar el galardón merecido:

«Detenidos por la Guardia civil como tales, fueron Marcelino San Ildefonso Martínez, natural de Andoain (Guipúzcoa) y vecino de Eibar; Eugenio Zulueta Arrazábal, Cristóbal Altube y Vergara, Felipe Aguirre, Segundo Arzamendi, José Madinabeitia, Celestino Arramendi, Antonio Pañaga, Pedro Be goa, Fernando Bergareche, Eduardo Ariz y Venancio Ugalde. Todos de Mondragón y pertenecientes al partido jaimista, fueron puestos á disposición del Juez de instrucción del Partido, quien instruye el correspondiente sumario.»

Y EL MOTIN va formando el sumario de este resurgimiento del bandolerismo, último regalo que los gobiernos de la monarquía hacen al pueblo español, después de haber extendido nuestro imperio, elevado nuestro prestigio, colmado de bienestar á España, y repuesto en su magnífico esplendor el *Reinado social de Jesucristo*, que está en funciones.

El verbalismo en la enseñanza

Predomina, por desdicha, en todo lo que pretende ser nuevo la influencia de lo viejo. El patrimonio de nuestros antepasados, que diría Le Dantec, con su enorme pesadumbre, impide el avance rápido de las conquistas y del conocimiento de la ciencia. La experiencia actual tiene por contrapeso poderoso la experiencia atávica.

Son las palabras el vehículo obligado en la transmisión de los conocimientos. Mediante ellas, van las generaciones transmitiéndose sus errores y sus verdades, más los primeros que las segundas. Imitadores los unos de los otros, no acertamos más que á emplear en la lucha las mismas armas de nuestros contradictores. Con palabra pretendemos destruir el imperio de las palabras.

Todo lo que es anterior á la ciencia, se reduce á puro verbalismo. Detrás de la teología, de la metafísica especulativa no hay más que artificios retóricos, frases bellas, figuras poéticas, pero ninguna realidad, ningún conocimiento positivo. Todo el pasado está impregnado de una gran repugnancia por los hechos y por las realidades.

¿Qué hacemos los innovadores enfrente de la influencia perniciosa, naturalmente perniciosa, de ese verbalismo atávico?

Poco más ó menos lo mismo que nuestros adversarios. Nos pagamos también de palabras. La magia de los nombres sonoros nos seduce. Y á unos conceptos altisonantes, oponemos otros altisonantes conceptos; á unas entidades metafísicas, contestamos con otras abstrusas entidades; á unos artificios, sustituimos otros artificios. La herencia es más poderosa que nuestra razón y que nuestra voluntad.

En el determinismo fisiológico y social hay explicación para el fenómeno, pero en la inconsciencia de la realidad y en la ignorancia del saber humano sería menester que buscáramos la causa eficiente de nuestra impotencia renovadora.

Pretendemos ser científicos, y andamos ayunos de ciencia. Queremos ser prácticos, y divagamos atrozmente. Soñamos con la vida sencilla y natural, y no hacemos sino acumular complicaciones y amontonar viejos ó nuevos cachivaches. Es que hemos adquirido las palabras y no las realidades. Es que ha sonado agradablemente á nuestros oídos la palabra saber, pero no hemos podido todavía apoderarnos del ritmo armónico de su contenido. Somos nuevos por el deseo, caducos por el conocimiento.

Y así, tan verbalistas como nuestros contrincantes, giramos constantemente en un círculo vicioso.

En ninguna de nuestras manifestaciones activas como en materia de enseñanza, se muestra más claramente esta triste realidad. En nuestras escuelas se atiborra á los niños de indigestas palabras, palabras que quieren ser algo, que algo encierran en el generoso deseo del que las profiere, pero que en realidad de verdad no llevan al cerebro ni un sol rayo de luz. Enseñamos y aprendemos, como antes, figuras retóricas, conceptos filosóficos, abstrusas metafísicas, artificios lógicos; nada de realidades, nada de verdades experimentales. Poner la experiencia, los hechos, ante las criaturas y dejar que ellas mismas se hagan su conocimiento, su lógica, su ciencia, es cosa que no entra en nuestros cálculos. Es más sencilla y más cómoda la rutina de darle opiniones hechas, de llenarle la cabeza de discursos vehementes, de sugerirle argumentos en correcta formación. Buena voluntad no falta. Lo que faltan son medios y conocimientos; educación pedagógica y ecuanimidad doctrinal.

Habríamos de aprender primeramente que en la realidad está toda la experiencia y que en la experiencia está toda la ciencia para que nos diéramos cuenta de que la enseñanza se reduce á lecciones de cosas y no á lecciones de palabras. Y aprendiéndolo primero, estaríamos luego en camino de adquirir los mejores métodos para que la realidad misma, no el maestro, fuera grabando en el cerebro y en la conciencia de las criaturas, aquellos ejemplos de bondad, de amor, de justicia que hubieran de constituir el futuro hombre de una sociedad de justicia, de amor y de bondad.

Sin quererlo, fabricamos hoy hombres á medida de nuestros prejuicios, de nuestras rutinas, de nuestra insuficiencia científica porque somos verbalistas y estamos nosotros mismos hechos á la medida de otros verbalismos que repudiamos. ¡Cuántos bellos discursos infructuosos! ¡Cuántos impotentes esfuerzos intelectuales de sugestión de ideas! ¡Cuántas energías malgastadas en vanas divagaciones!

La enseñanza nueva deberá ser algo más sencillo que todo eso. Sin grandes sabidurías, se puede enseñar grandes cosas; diríamos mejor, se puede hacer que los niños aprendan muchas cosas por sí mismos. Sin discursos, sin esfuerzos de lógica que envuelven siempre algo de imposición, se puede obtener óptimos resultados en el desenvolvimiento intelectual de las criaturas. Bastará que la infancia pueda ir desentrañando sucesivamente el mundo que le rodea, los hechos de naturaleza y

los hechos sociales para que, con pequeño esfuerzo del profesor, ella misma se forme su ciencia de la vida. Por cada cien palabras de las muchas que se emplean en perjuicio de las criaturas, un solo hecho será suficiente para que cualquier niño se dé buena cuenta de razones que acaso los más elocuentes discursos no lograrían meter en su cerebro. Lecciones de cosas, examen de la realidad, repetición de experiencias, son la única base sólida de la razón. Sin hechos, sin experiencias, sin realidades, la razón fracasa comunmente.

Nuestros esfuerzos, en materia de enseñanza, deben propender, no á un proselitismo extensivo, sino al cultivo intensivo de las inteligencias. Un puñado de niños hechos á su propia medida y por su propia iniciativa, será una mayor conquista que si ganáramos algunos millares de ellos para determinadas ideas.

Es de tal eficacia el factor libertad, que hasta en las criaturas educadas en el mayor abandono da sus beneficiosos frutos. No hay golfo tonto ni pilluelo que no sea inteligente.

Y si en la humanidad persiste la esclavitud moral y material es porque precisamente se ha empleado en la enseñanza el factor imposición. El instrumento de esta imposición ha sido y es el verbalismo; el verbalismo teológico, metafísico ó filosófico.

¿Queremos una enseñanza nueva? Pues nada de verbalismo ni de imposición. Experiencia, observación, análisis, completa libertad de juicio, y los hombres del porvenir no tendrán que reprocharnos la continuación de la cadena que queremos romper.

El verbalismo es la peste de la humanidad. En la enseñanza es peor que la peste, es la atrofia cuando no la muerte de la inteligencia.

R. MELLA

Curas y Requetés

Llegan á nuestras manos tres cuartillas que persona amiga nos entrega para su publicación en *El Consecuente*.

Las tres cuartillas que á continuación publicamos, cayeron del bolsillo de un cura de nuestra ciudad en el Paseo de la Mina una tarde de la pasada semana.

Estaban, como por su texto es de ver, destinadas á ser publicadas en el órgano local del jaimismo reusense *El Radical*. Seguramente no sospechó su autor cayeran en nuestras manos. Están escritas en el blanco de unas invitaciones que dicen así:

•DEU-PATRIA REY

*Lo Circol y Joventut Carlista
tenen l'honor de invitar á usted y
familia á la misa y Comunió gene-
ral que se celebrará á la Iglesia de
las Carmelitas Descalzas lo diu
menge..... del corrent, á las....
..... del dematt.*

*Aixets mateix se'ls convida á la
solemne vetllada que tindrà lloch
á las..... de la.....
en honor dels Màrtirs de la Tra-
dició.*

Reus..... de..... de 19...

Las Juntas Directivas

Sr. D.....

Lo escrito en las cuartillas que obran en nuestro poder y podemos enseñar á quien quiera verlas dice así:

•A los jaimistas

Para que lo sepáis

En la próxima pasada semana empezó á publicarse en esta ciudad un semanario mejor dicho un asqueroso papelucho como decía en el pasado número este valiente semanario *El Radical*, titulado La Bandera Roja órgano de la Juventud Republicana Radical, y en sus pocos artículos, pues es la quinta parte más pequeño que este semanario llevados, insultándonos á nosotros los jaimistas y en particular á los de los Requetés ya véis pues si les molestamos y esto: bamos que al salir por primera vez en la vida periodística solo somos nosotros los que nos ataca y nos insulta; en uno de sus artículos titulado «Línea de Conducta» en uno de sus párrafos dice: «...vosotros, los únicos temidos de esa cangrena política llamada jaimista de cuyas entrañas abortan los cobardes é infames Requetés que con sus traiciones y emboscadas honran dignamente á sus antepasados asesinos; vosotros que sabéis luchar cara á cara, que sabéis protestar ante la presencia de ilustres farsantes, ambiciosos y corrompidos por afán de Jefatura, que sabéis derramar vuestra sangre generosa en ofrenda de nuestro ideal etc. etc.»

Ya veis ellos que igual que los otros han temido siempre á los jaimistas en todos los lugares, ahora dicen que son ellos los únicos que los jaimistas les tememos ¡qué barbaridad! tienen de saber estos jóvenes rebeldes que los jaimistas no temen ni á los rebe des ni á ninguno de otro partido político antes al contrario estamos todos dispuestos á derramar nuestra última gota de sangre y sacrificar nuestras vidas en defensa de nuestra tradición y nuestro lema Dios, Patria, Rey que los es de España nuestro Augusto Caudillo don Jaime III de Borbón que desde su palacio de Fhendor queda admirado al ver todas nuestras tareas á favor de nuestra propaganda por medio de mitines y aplechs y ve que pronto pero muy pronto vendrá el día que estos jóvenes rebeldes verán si los jaimis.

Nada más dicen las cuartillas, con decir mucho.

De ellas se desprende que el cura autor del precedente escrito está muy necesitado de gramática, pues no son modelo de clasicismo ni mucho menos las frases «... y en particular á los de los Requetés ya véis pues si les molestamos y estorbamos que al salir por primera vez en la vida periodística sólo somos nosotros los que nos ataca y nos insulta», «tienen de saber estos jóvenes rebeldes...»

Quien tal escribe por cura que sea, no ha saludado nunca la Gramática. Ya sabemos que los ministros del Señor de por estas católicas tierras andan mal, muy mal de cultura, y nos lo evidencian las cuartillas copiadas.

Sabíamos que los requetés son incubados en las iglesias, en las sacristías y los conventos, pero de ello nos dan las precedentes cuartillas palmaria confirmación.

El cura autor de las cuartillas que obran en nuestro poder es un digno su-

cesor del cura de Flix, Santa Cruz, etcétera, etc., que desconociendo el ministerio de su religión, lo prostituye convirtiéndolo en alcabuate de sus infamias y venganzas personales.

Cristo predicó el amor á nuestros hermanos, y este cura de misa y olla, este carlista facineroso con hábitos, exita, aviva la llaga de las pasiones y enciende la mecha de los odios para que los hombres se hostiguen, se acosen y acometan como fieras. De esta manera practica este inculto escribidor y cura, todo en una pieza, las evangélicas enseñanzas de la Biblia.

Si Cristo dijo: *amaos los unos á los otros*, sus ministros de la católica España, invitan á sus feligreses á la vil emboscada y al asesinato traidor y criminal.

El autor de las precedentes cuartillas es traidor á su Dios y á las instituciones monárquicas que rigen los destinos de la nación: á Dios le escarnece é insulta, con su obra de odios fraticidas; á la monarquía, traicionándola. Curas y requetés son una misma cosa.

El Consecuente

Reus

La sensualidad

en el

MISTICISMO RELIGIOSO

«Bésame de besos de tu boca, que mejores son tus amores que el vino...» En esta forma empieza el Cantar de los Cantares. Y Fray Luis de León explica el argumento de este primer canto, diciendo de este modo: «El alma, sintiéndose convertida y herida del amor de Dios, desea con ansia unirse á El, desengañada del amor de las criaturas.»

En este primer verso y en esta sencilla explicación del gran lírico castellano está condensada quizá toda la doctrina que tan sabiamente expone Charles Oulmont en el libro que acaba de publicar, editado por la casa Hachette, «Le Verger, Le Temple et le Cellule», ensayo sobre la sensualidad de las obras de misticismo religioso.

No hay nada que pueda enlazar tanto la sensualidad y el misticismo como los cantos de la Sulamita. Todo el misterio de la religión tiene que revelarse por medio del misterio de amor. Ni ha habido nadie que lo haya expresado con tan maravillosa unción como los místicos castellanos. San Juan de la Cruz, en su Cántico Espiritual, en sus coloquios entre el alma y el esposo, y Santa Teresa que se entrega y da todo al amado, sintiendo inquietudes para la comunión espiritual que ha de fundir el alma en su Dios.

Pero aun cuando hayan sido el Cantar de los Cantares y las obras de los místicos castellanos las expresiones más ardientes y más sensuales del misticismo, esa expresión de sensualidad ha sido común á todas las religiones y á todos los tiempos, exceptuando quizá las últimas etapas de la Edad Moderna, cuando se han ido desvaneciendo los misterios sentimentales del amor, de la muerte y de la religión, para quedar convertidos más que en nada en

problemas indescifrables, pero que hablan más a la razón que al sentimiento.

Esta característica general de sensualidad que han tenido todas las obras de los grandes místicos es lo que estudia en su libro M. Oulmont. Pasa por todos los campos entra en todas las huertas, escucha los rumores de todos los claustros, las plegarias en todos los templos y hasta el murmullo de las oraciones de las silenciosas y solitarias celdas, y encuentra en todas partes la misma sensación sensual en el mismo sentimiento de exaltación religiosa que conduce al misticismo, pudiendo sacar en conclusión como resumen de su obra, que los místicos de todas las religiones, aun cuando tengan una concepción distinta de Dios, le llegan á exaltar en la misma forma, sienten el mismo estado de gracia, y todos se confunden y se encuentran en el platónico dominio de las almas.

En todas hay una comunidad de sentimientos. Y por esto este libro, como indica el profesor Boutroux, en el prefacio de la obra, habla tanto de nosotros como del pasado. Porque este misticismo amoroso, aun no se ha desvanecido, aunque se haya desfigurado, ¿Pero á qué obedece la tendencia á la sensualidad de todos los místicos, este deseo de emplear siempre en sus escritos imágenes terrestres, completamente materiales? ¿Es que el amor, aún siendo humano, ya lleva consigo todo el misterio de la religión, siendo la renovación eterna, que el hombre ha de emplear sus términos para acercarse á Dios? ¿Acaso en el supremo deleite de engendrar no existe algo del éxtasis místico? ¿Acaso la renuncia y la abstención no exaltan más todos los sentidos? San Agustín refiere en sus «Confesiones» cómo una criada de su madre Santa Mónica, prohibía á ésta, cuando era niña, que bebiera con sensualidad un vaso de agua. Y las monjas de la Edad Media consideraban como grave pecado comer con sensualidad raíces cocidas.

Véanse todos los místicos. Y en las obras de todos ellos se encontrará la misma exaltación sensual, que puede ser motivada por una desviación de los sentidos, que origina el aislamiento.

La cuestión de los destinos de la humanidad — dice Boutroux en su ya citado prefacio — se concreta en saber si existe para el hombre otra realidad que la realidad probable y sensible, ó si, por algún órgano inmaterial y por algún sentido interior, como creen los místicos, puede entrar en comunicación con un mundo invisible, no menos real que el mundo visible.

Este sentido interior de los místicos, que les acerca á Dios, puede ser también el sentido sensual, puramente humano.

Así M. Oulmont hace notar cómo se rebaja el amor divino empleando los términos materiales de las relaciones amorosas entre los hombres, y cómo por otra parte, se llega á lo sublime, en relaciones de amor, empleando todos los términos de toda relación divina.

M. Oulmont estudia todas las fases del misticismo, desde David y los profetas de Judea á Platón, el precursor de los místicos, aun cuando su misticismo no sea religioso, sino filosófico é idealista, como los místicos del siglo XIX. Desfilan por las páginas del libro Philon y los gnósticos alejandrinos, el evangelio de San Juan Plotino y San Agustín, que fué el creador de la doctrina de la gracia, San Bernardo y los judíos españoles Ibn Gavirol y Judá Haleví, los místicos persas Al-Mocatersi, Al-

Ghasil, Wali y Gaadi, San Buenaventura, San Francisco de Asís, Raimundo Lulio, el admirable Ruysbroeck, Gerson, Kempis, los reformistas Lutero y Jacobo Boehme, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, los Jansenistas, Pascal... La relación se haría interminable.

Después del siglo XVII ya pierde todo su carácter el misticismo, o, degenerando la religión con el culto al Sagrado Corazón y á la Virgen. En todo este misticismo existe la misma sensualidad.

He aquí un fragmento de obra mística que puede ser atribuido á San Francisco de Asís: «Ven á ver el espectáculo que ofrece el jardín de mi alma; las rosas que contemplan son los estigmas de tu amor. Sin ti, divino amigo, no hay reposo en mi corazón. Sin ti, oh divina belleza, este jardín es un infierno sin ruiseñores. ¡Oh, Dios mío! llevo impresas en mi corazón las estigmas del amor.» Este trozo de misticismo amoroso es del persa Wali, como pudiera ser de Ruysbroeck ó de Santa Teresa.

Sea este sensualismo naturalista, sea simbólico, sea personal, en toda exaltación religiosa no puede el hombre abandonar sus lazos terrestres, no puede desprenderse de su pobre condición humana. En toda obra mística, incluso en las concepciones plásticas, en los retablos, en las esculturas góticas, se ha de encontrar este sentimiento de sensualidad.

La sensualidad es tormento, es dolor. Cuando el hombre se aparta de la barbarie para entrar en la civilización, se desvanecen el sensualismo y el misticismo. Y es que el hombre huye del dolor. Sonríe. En la civilización triunfa la ironía. Y por encima de todo proclama la victoria de la serenidad. Es menos sensual un Teseo, una Afrodita, una Demeter, que uno de esos torturados Cristos góticos, primitivos, que se quieren presentar como un símbolo de la renuncia de la carne.

Las religiones primitivas, en sus orígenes, rendían culto á los dioses por medio del sacrificio humano; la adoración divina ha tenido que ser, después, como una perturbación pasional de los sentidos. El proceso ha sido el mismo.

Y es que la religión se forma por los misterios del amor y de la muerte. Y la idea de Dios no puede separarse de su sentido humano. Cuanto mayor ha sido el esfuerzo de los místicos para sustraerse de toda idea material, más grande ha sido el sentimiento de sensualidad que han dado á sus obras.

Esto es lo que ha estudiado M. Oulmont, en «Le Verger, Le Temple et le Cellule.» Es un libro que contiene grandes bellezas de estilo y que encierra un claro sentido filosófico sobre la vida del hombre y sobre la religión.

ROMÁN JORI

La farsa nacional

Ya están funcionando los salones de los cinematógrafos políticos.

Llevan los señores que en él se exhiben cuarenta años riñendo como verduleras, y ¡ni un ministro fué arrojado por la ventana! ¡Ni un diputado salió desorejado!

Todo lo pagan las campanillas y los caramelos.

¡Y no emigra ni un ministro, ni un diputado!

Solo emigra el pueblo.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.

Biblioteca de la Inquisición

Van publicados los siguientes tomos:

Almanaque de la Inquisición.
El Santo Oficio.

Los Autos de Fe.

Quema de brujas en Logroño.

Carne ultrajada y quemada.

Despojo, infamia y hoguera.

Auto general de Fe celebrado en Madrid en 1680.

Ahorcados, quemados y robados.

A PESETA cada tomo.

La celda núm. 7

por José Nakens

Precio: DOS pesetas

PEY ORDEIX

Miguel Servet

víctima de la Universidad y de la Iglesia

DOCUMENTOS INÉDITOS.—GRABADO DEL CUADRO HISTÓRICO DE VSICHEM

Precio: tres pesetas

De venta en las principales librerías.

Pedidos á esta Administración.

A los suscriptores de EL MOTIN el 25 por 100 de rebaja.

La brujería en Barcelona

por "Fray Gerundio"

Precio: una peseta.

Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

Muchos millares de franceses permitió Dios que muriesen en aquellos brillantes debates, que terminaron con arrojar de Francia á los protestantes.

Mas no, no terminaron así; el verdadero fin consistió en una felicitación del Papa al rey de Francia, y en las fiestas solemnes con que Roma celebró el fausto acontecimiento.

Bajo Clemente IX se propagó por el mundo entero la sabia Compaña de Jesús, inspirando á los pueblos aquel santo temor que sólo la divinidad y lo que á ella atañe puede inspirarnos.

Desgraciadamente la publicación de la bula *Unigenitus* fué muy mal interpretada por ciertos espíritus vulgares, lo cual dió ocasión á guerras, que si bien provocaron espantosas carnicerías, no alteraron en nada la viva fe en los dogmas, que es al fin y al cabo lo que importa salvar en las catástrofes mundanas.

Benedicto XIII sostuvo la bula, es cierto, pero el cielo parece que no le prestó sus más poderosos auxilios, de suerte que se notó en los hombres cierta funesta indiferencia, y apenas se hacía matar nadie por un documento de tanta importancia.

No hay cosa peor que la indiferencia en materia de religión. Mientras hay entusiasmo, fe viva, fanatismo si se quiere, en el buen sentido de la palabra, los hombres mueren por las causas más santas, ya nieguen, ya afirmen un dogma; las jóvenes acuden al confesionario; los cepillos de las ánimas se ven en estado floreciente; los milagros menudean, los moribundos dejan bellas y espirituales manías á sus respectivas iglesias; mas, ¡ay! cuando el hombre pierde ó siente oscurecerse en su mente la noción religiosa, entonces las pobres almas del purgatorio tienen que someterse al régimen dietético, los santos no se aparecen á las generaciones hartas, y el dominio exclusivo y tiránico de la impura razón y los sentimientos humanos, podrán inspirar la mezquina abertura del istmo de Suez, el ridículo Congreso de la Paz Universal, ó el establecimiento de las prosaicas casas de socorro; pero no inspirarán jamás el *Apocalipsis*, *El Cantar de los Cantares*, ni siquiera la bula *Unigenitus*.

Benedicto XIV puso el último término á las luchas religiosas, porque sin duda el cielo quiso que los hombres descansasen y recobrasen fuerzas por si tenían que

volver á la pelea; rechazó á los jesuitas, porque el cielo quiso que á fin de que con mayores méritos alcanzasen la suma gloria eterna, padecieran persecuciones en la tierra. Divino designio á que deberíamos contribuir todos.

Aquel Pontífice, además, quitó gran parte de su eficacia á la bula *Unigenitus*, hecho gravísimo, pero que nos entristecería menos si no hubiese ido acompañado de otros varios igualmente graves, como fué el reformar las costumbres del clero y suprimir frailes, no porque éstos fuesen innecesarios ni aquéllas se hubieran relajado, sino por excesiva y perniciosa consideración á la impiedad filosófica, de día en día más exigente y amenazadora.

Confesemos que no fué el reinado de Benedicto XIV el más glorioso; confesémoslo aún en presencia de la impiedad, poco menos que trunfante hoy día.

¿Se nos puede pedir que seamos más imparciales?

El oro de los fieles se empleó en fundar tristes hospitales más que en sagradas pompas eclesiásticas; en vez de levantar suntuosos templos donde los ricos metales y los lujosos ornamentos recordasen la pobreza del buen Jesús, se edificaron escuelas de chiquillos traviesos que rompían los tinteros y ponían rabos al diablo, indicios y causas de los horrores en que nos habia de sumir la filosofía moderna; se protegió á los artistas alabados del mundo con preferencia á los teólogos, y el Papa mismo corrió el peligro y dió el ejemplo (que por respetos á su sagrado carácter no calificamos) de tener trato con filósofos descarriados, y sobre todo con uno cuyo nombre no debe escribir ninguna pluma honesta.

Ya me entienden los discretos.

Mas poco habia de durar aquel período verdaderamente lamentable para las almas verdaderamente católicas y demás.

Clemente XIII hizo olvidar bien pronto á su desgraciado antecesor. El derramó su protección sobre la Compaña de Jesús, que volvió á florecer más lozana que nunca, como si Dios quisiera empezar dando una idea de los altos premios que le tenía reservados.

Aquella muestra de la piadosa energía de Clemente llevó tras sí los rayos de la excomunión para muchos, y suscitó las impotentes iras de los poderes temporales.

Los pueblos, mal acostumbrados, no se avinieron con la sabia é inteligente intervención de los jesuitas, que sin descanso y con un genio que aún entre los impíos se habia hecho proverbial, encaminaban todos los negocios humanos á la mayor gloria de Dios.

Por leves motivos de herencias, de mi-

serables materias políticas y de conveniencias de Estado, reyes y pueblos se volvieron contra aquellas piadosa congregación, tan fecunda en hombres ilustres.

«Estalló (dice con irónica fruición un autor impío) el odio universal contra los jesuitas, cuyos crímenes (¡infamia!), cuyas desatentadas ambiciones (¡fracmasón!) tenían ensados á los pueblos y aterrados á los reyes. El instinto de conservación les hizo arrojar de Francia; el rey de España les arrojó de sus posesiones de Europa, Asia y América; desterrados fueron de las Dos Sicilias, Parma y Malta; y esa orden, objeto de execración para la humanidad sealar, fué exterminada casi en todos los países que habian sido teatro de sus funestas glorias: en el Perú, en Méjico, en el Paraguay, en el Brasil.»

No comentemos, no recordemos los sentimientos de religiosa saña que en nuestros corazones debe excitar forzosamente esta manera de falsear la historia y esos brutales insultos prodigados á una de las corporaciones más acudadas del mundo, por escritorzuelos que nada tienen que perder.

A estas desdichas se añadieron otras como la usurpación de varios Estados del Papa cometiéndola por Francia y Nápoles, y la proscripción de la lindísima bula *In cena Domini*, que des la Paulo III habian fulminados los Pontífices uno tras otro.

Clemente XIII vió el comienzo de la decadencia de Roma, y aunque sabia que las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella, lo olvidó un momento, enfermó y murió.

¡Que de locuras después de su muerte Portugal, el piadoso Portugal, desconociendo el sentido preceptivo del *super hanc petram*, trató de divorciarse de Roma y colocarse bajo el despotismo de un patriarca que le si viese de Papa; España, Francia y Nápoles blasfemarón, atreviéndose á poner peros á una excomunión que perfectamente elaborada y con arreglo á todas las exigencias del arte fulminara Clemente XIII contra el duque de Parma; Venecia, la coliciosa Venecia, cayó en el desvario de querer reformar por sí sola las comunidades religiosas, so pretexto de que empobrecían á la nación, como si los frailes arrojasen el dinero por las ventanas, ó como si no derramasen sobre el suelo todas las riquezas espirituales. Polonia, la católica Polonia, intentó mermar también el poder de la Santa Sede, y Roma, la misma Roma parecía poseída de un espíritu antipontificio de 37 grados.

Pío VI volvió á las antiguas, veneran-

(Continuad)

IMPRENTA DOMINGO BLANCO — LIBERTAD 31